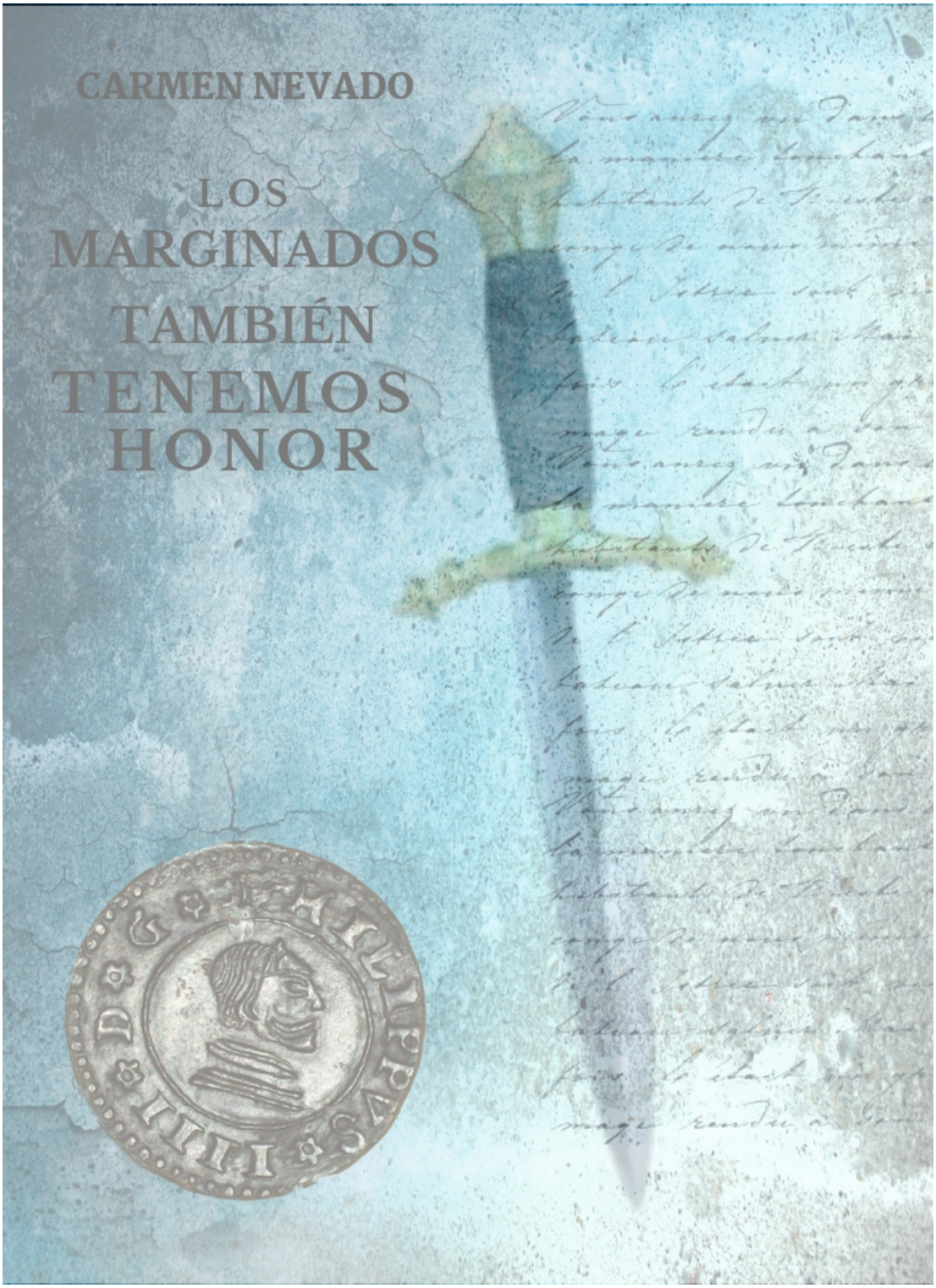
LOS MARGINADOS TAMBIÉN TENEMOS HONOR

Carmen Nevado Llandres



Capítulo 1

I. EL MISTERIOSO EMBOZADO

Ante la menguada luz que asoma del interior de la venta, dos siluetas se recortan y proyectan su sombra sobre los ennegrecidos muros traseros. De súbito, una de las fantasmagóricas figuras, la que susurra con voz meliflua y un sutil acento extranjero, desliza su mano hacia la testa y en menos de un tedeum, el silencio de la madrugada es roto por el último estertor de aquella alma moribunda que se despide así del mundo de los vivos.

La sombra ejecutora sale de escena como ánima que lleva el diablo, no sin antes extraer de la ropilla del caballero el preciado objeto. Su boca parece esbozar una leve sonrisa de triunfo al imaginar lo bien recompensados que van a ser sus servicios.

Desciende hacia la puerta del Arenal. En un callejón mal iluminado, espera un carruaje cuyo blasón pintado en la portezuela apenas se vislumbra. El cochero, un inmenso negro de anchas espaldas, se endereza en el pescante alertado por el resonar de pisadas en los adoquines. Ante él se materializa una oculta figura.

-¿Está el ruiseñor en la ventana? -pregunta el hombretón, calándose la montera.

-No voló a hora temprana -susurra una voz deformada por el manto que cubre su rostro.

Al evidenciar que se trata del santo y seña convenidos, el criado abre la portezuela y deja que se acomode en el asiento. Una vez hechas las comprobaciones de que todo está en orden, el restallar del látigo indica que el cochero ha iniciado el camino de regreso hacia la calle de la Carpintería. Entre tanto, el matador rememora lo arduo que ha sido conducir al confiado escribano hasta el ventorrillo y rumia para sus adentros «el patán se lo merecía», «quien tan alto aspira debería tener mejores entendederas y no dejarse gobernar por tan bajos instintos».

En una travesía oscura y tortuosa, la figura embozada ordena al cochero parar. Se adentra en el tragadero de aquel laberinto de callejas, sorteando el abandono de la luna, cual murciélago en oscura caverna. Solo se percibe el roce de las faldas sobre el pavimento. Con gráciles movimientos sube las gradas que conducen a la morada del mercader portugués. Resuenan en el silencio de la madrugada, los golpes de la aldaba de bronce con cabeza leonina, abiertas sus fauces a modo de advertencia. Se escucha un entrechocar de cerrojos y al momento la silueta de un viejo criado sin librea se recorta en el umbral. El fámulo conduce a la oculta figura hacia el calor las cocinas. En la penumbra, iluminando su rostro por el fuego que calienta el caldero, le espera un hombre de mediana edad, de rostro aceitunado, barbinegro y de ojos oscuros como la pez. Va vestido a la antigua usanza, de negro riguroso, con jubón de color marfil, sobre el

que lleva ropilla y calzas ahuecadas negras, rematan sus pies unos borceguíes de cuero.
Al abandonar el sirviente la estancia, el embozado tira del velo que cubre su rostro, dejando al descubierto aquel prodigio de belleza.
-Francesca, ¿sois vos? -pregunta confuso don Diego.
-Es que acaso, ¿no me reconocéis?
Al verla de esa guisa, cubierta con medios mantos de anascote, los pechos emblanquecidos con albayalde y los labios con ese rojo encendido, sabe al punto que es una maestra del engaño y el artificio y se obliga a hacer una promesa, «de aquí en adelante debo ser más cauto» al reparar en el dominio que ejerce esta Venus sobre los hombres y sobre el mismo.
-No agora soy Floresta, una simple meretriz del Compás de la Mancebía -responde la dama acortando las distancias entre ambos.
-A fe que sois la viva imagen de las coimas del Arenal, si no fuera por esas dos esmeraldas que prenden de vuestro rostro, no os hubiese reconocido.
-Las ropas se las compré por cuatro blancas a una desarrapada que andaba por los alrededores de Santa María la Blanca.
El mercader se acercó a un estante, bajó una botella de Alanís y llenó dos copas con el caldo ambarino, invitándola a que se sentase en un banco corrido cerca del fuego del hogar.
-Y decidme, ¿lograsteis que os entregará la llave? ¿se dejó untar?
Mientras la interrogaba no dejaba de tamborilear los dedos sobre la mesa, haciendo patente su impaciencia por conocer todos los detalles.
-No, primero intente que se rindiera a mis encantos, como vi que esperaba algo más, me saqué de la faldriquera la escarcela con cuarenta escudos de oro, mas cegado por la cudicia pidió más. Trate de hacerle entrar en razón mostrándole las monedas recién acuñadas con el escudo del rey nuestro señor, pero se rio en mi cara y me dijo que para acallar lo que él sabía eran
menester más dineros, así que sabiendo la cosa perdida, no me quedo otra que mandarlo a criar malvas.
-¿Vos misma habéis sido capaz de quitarle la vida? -murmuró horrorizado el mercader, acariciándose la barba salpicada de canas.
La mirada de la dama se clavó en su anfitrión como flecha en la diana.
-¿Y qué si no iba a hacer? ¿Llamar a un valentón para que lo esperase en una callejuela oscura y lo destripase? -continuó Francesca ofendida-. Que poco me conocéis, yo misma me sobro y me basto.
-¿No os sorprendería nadie?
Los iris verdes de sus ojos lo miraron con desprecio.
-Por quién me tomáis, en menos de un Ave María mi pasador de pelo lo ha despachado, se lo he clavado en el mismo corazón al muy puerco.
La pequeña cicatriz que tenía junto a su boca acentuó aquella sonrisa maléfica. Por un instante el mercader sintió un inmenso remordimiento en su interior. Pero la comezón dio paso a la curiosidad y siguió con sus indagaciones.
-Luego entonces la llave…
-No temáis -le tranquilizó Francesca-. La llave loado sea Dios la traía

consigo, se la arrebaté de la ropilla y agora obra en mi poder.
Y sin ningún recato, extrajo de su escote el preciado tesoro, sabiendo que daba contento a los ojos de su anfitrión. Este encendido por un ávido deseo, le tomó las manos y las cubrió de besos, sin que la dama opusiera la más mínima resistencia.
Después de apurar la botella de Alanís, don Diego se levantó del banco y extrajo una cajita de rape, sacó una pequeña cantidad de tabaco y la aspiró, eso lo tranquilizó.
-Es menester pues que no os demoréis en traerme el fruto de mis desdichas, pues desde que ese rufián de escribano me asaltó amenazándome con relatárselo a don Miguel de Mañara, estoy que no vivo en mí, si ese documento llegará a caer en manos de mi adversario perdería el favor del rey, y con él, la carta que con la que me dio permiso para tratar y contratar en las Indias -suplicó el portugués.
-Sosegaos no perdáis la calma, eso no va a ocurrir, estáis de norabuena, pues la rueda de la fortuna me ha nombrado centinela de vuestros desvelos.
-Si se descubren los estatutos estoy perdido yo y mis descendientes, me expulsarán de la Orden de Santiago y no podré comprar cargos militares o eclesiásticos para mis hijos. Plego a Dios que el maldecido no se haya ido de la lengua y le haya contado mi secreto a los Mañara.
-¿Y por qué quiere a vuesa merced desta suerte?
-Porque tiempo ha me tiene ojeriza.
-Muy grave tuvo que ser la afrenta.
-Lo cierto es que quedó malparado frente los ojos del rey y quiere cobrársela □sentenció el rico comerciante.
-Tranquilizaos, ya he urdido una empresa que no puede fallar, confiad en mí, yo os sacare deste desaguisado.
-Que Dios me ampare, si no lo perderé todo, los mayorazgos, los títulos. Señora, necesito que vos me ayudéis, no puedo caer en desgracia.
-Juro cierto que así será, mas vos también debéis cumplir con lo prometido o…
No terminó la frase, más no hizo falta, el destello de sus ojos felinos fue suficiente para que el mercader supiera que si no cumplía con su palabra, estaba sentenciado.
-Las mercedes y beneficios que yo os he prometido llegarán más pronto que tarde. Soy un hombre de honor y como tal, os doy mi palabra de que así será.
De pronto sus ojos adquirieron un brillo extraño y sin más miramientos, Francesca dio media vuelta y con la gracia y donaire que la caracterizaban, ocultó su rostro con el volante y se dispuso a salir a la calle.
-Adiós vayáis -se despidió la misteriosa dama.
-Con el quedéis.
Una vez solo y recogido en su aposento, don Diego rumio todo lo acaecido esos aciagos días, tendría que depositar toda su confianza en ella aunque era harto difícil hacerlo, pues bajo la finísima piel de cordero se ocultaba la loba que llevaba dentro. « ¿A cuántos incautos habría hecho perder la

sesera? ¿A cuántos habría liquidado? ¿Sería su primera muerte? No lo creía así, a buen seguro que el escribano no sería el último». Se removió en el lecho inquieto. « ¿Cómo era posible que en aquella beldad cupiera tanta maldad?» Le parecía una locura pero al relatarle lo que le hizo al escribano parecía deleitarse con los detalles más lúgubres.
Después de todas estas cavilaciones al fin llegó el sueño y cayó en los brazos de Morfeo.

II. EL MERCADO DEL BARATILLO

Era ya bien entrada la mañana, el Arenal era un hervidero de personas, marineros y navegantes, alguaciles y corchetes, funcionarios de aduana, almojarifes, viajeros, carreteros, cargadores y trabajadores de diversos oficios se afanaban en los suyo. Alonso se adentró entre ellos buscando a una presa fácil a la que robarle la bolsa repleta de dineros. Y ahí estaba, aquel perulero venido de tierras allende los mares, que sudaba profusamente y andaba patizambo, sería su próxima víctima.
Desde muy temprana edad, tuvo que aprender a sobrevivir y a buscarse el sustento a salto de mata en aquella Sevilla peligrosa, donde la parca acechaba en cualquier esquina. A su madre, criada de oficio se la llevó la peste, y según decían las malas lenguas era hijo del amo, un rico indiano que hizo fortuna en el Pirú.
Hacía más de cuatro años que entró en la cofradía como novicio, pero más pronto que tarde aprendió las artes del hurto y agora se había convertido en un cicatero experimentado de día y un habilidoso escalador de noche, trepando por los tejados de Sevilla. Era tal su maña, que no solo cortaba la cuerda de las bolsas de los dineros, sino también las de las faldriqueras, y a veces no eran dineros lo que se deslizaba entre sus dedos, sino también lienzos y cajitas de rapé.
Gracias a su habilidad en el oficio, llegó a ser cofrade siendo todavía solo un pequeño raposo.
Avistó a los postas, el uno, apoyado en los muros de la iglesia y el otro haciendo la ronda de vigilancia en el otro extremo de la plaza. El perulero, hombre de alto cuerpo, seco de rostro, entrecano y de nariz roma, se paró a conversar con un mozo caballero de buen porte, enormes bigotes rubicundos y ojos saltones. La conversación empezó a subir de tono y para cuando iban a llegar a las manos, el muchacho habilidoso, cortó de un solo golpe los hilos de las dos cicas, la del estudiante y la del indiano del Pirú, duplicando así sus ganancias. Agora era importante volatilizarse, no fuera que al echar mano de sus dineros diesen la voz de alarma y los corchetes del corregidor le cayeran encima; a la Fortuna la pintan calva, era mejor no tentar a la suerte y perderse por otros lares.
La mañana había sido provechosa y decidió encaminarse hacia el Baratillo, allí vendería el fruto de la rapiña. Una cajita argenta de un mercader que sustrajo a las puertas de la Iglesia de San Andrés y el rico rosario que llevaba una dueña en la faldriquera.
Salió por la Puerta del Arenal, paso cerca de la Cruz de hierro, llegando al

mercado del Baratillo donde todos los escaladores, cicateros, guzpatareros, devotos de maese Juan,
desmontadores, hombres de leva y monte y demás ladrones, brindaban sus mercancías (capas, dineros de las cajas de las limosnas, lienzos, vajillas de plata y otras piezas ostentosas de las casas que despachaban) a cambio de reales con los que comprar comida caliente, un jergón, vestidos y una manceba con la que yacer.
Alonso levantó la vista hacia las comadres que vendían frutas y verduras al otro lado de la calle.
Después se acercó a un puesto y ofreció su mercancía.
-¿Cuánto me darías por esta cajita de plata? -preguntó el joven.
-Si no vale ni un ardite -le gritó Nicolás.
-¿Y por este rosario?
-Es una baratija -vociferó el tendero-. Te doy diez blancas por todo.
-Me tomas por necio, si no sabes apreciar una joya cuando la ves, será mejor que se la ofrezca a Tomasino.
-Espera –dijo Nicolás– te ofrezco siete maravedís y no se hable más -replicó asomando a sus labios una discreta sonrisa conciliadora.
-Hecho.
Entregole el usurero las monedas muy de mala gana, pues sabía que con Alonso no valía el engaño, tal vez con el siguiente rufián fuese más sencillo.
El puesto de Tomasino lo regentaba ese mediodía su mujer, Alonso sonrió para sus adentros, le haría requiebros y quizás podría arañar algunos reales más del joyero de oro que hurtó en el Palacio de los Condes de Santa Coloma.
-Buenas te de Dios, hermosísima Beatriz.
-¡Válgame el cielo Alonso!, que zalamero eres -contestó azorada.
La joven hermoseaba más que otros días. La faja que modelaba su talle realzaba también sus opulentos pechos insinuados bajo la camisa baja. Era vulgar y hermosa a la vez, morena y de aíre garboso.
-¿Y el bueno de Tomasino? -bromeó Alonso mientras lo buscaba por los puestos de alrededor.
-Al bueno de Tomasino, ni me lo mientes, anoche me lo trajeron sus dos compadres de la taberna del Rinconcillo, beodo y malogrado, al parecer hubo riña y salió mal parado, y ya ves aquí estamos, trabajando como una mula para que a él me lo desplumen en un santiamén.
-No tengas pena vida mía, que no vea yo triste esos hermosos luceros que dan más vida que el propio sol.
-Calla truhan que me vas a sacar los colores.
-Mira lo que te ofrezco ¿Qué te parece?
-Es un joyero ricamente trabajado ¿De dónde lo has sacado? Mejor no me lo digas, no quiero saberlo. ¿Cuánto pides por él?
-Cuarenta reales.
-Mucho pides bandido, es verdad que el objeto es una joya muy rara, pero...
El joven sintiendo una ardiente desazón, cercó a la mujer y en un susurro -le dijo-. Si yo fuera vuestro señor no habría joya en el mundo que no

lucieras junto a tu pecho.
-Oh, eres muy atrevido al hablar así a una mujer casada -murmuró mientras le ofrecía una sonrisa juguetona.
-Por mi honor que si no lo fueras…
-Oh basta ya, toma los cuarenta reales y vete ya -suplicó la mujer-. Adiós Alonso.
-Hasta más ver, dulce Beatriz.
Acto seguido se quitó el sombrero de ala ancha, e hizo una pequeña reverencia.
La tarde iba cayendo y el rufián decidió esconder algunas monedas en su guarida, para más tarde pasarse por la casa del jaque a rendir cuentas del botín recaudado y entregar la parte correspondiente para misas por las ánimas de sus compinches difuntos, para los bienhechores de la cofradía que defendían a los del gremio detenidos y perseguidos por la justicia, para los avispones, para los alguaciles cómplices y para los carceleros que hacían la vista gorda.
Cuando llegó a la parroquia de San Roque, se encontró con el trainel de la Escarramana con la canasta a rebosar.
-Mala me de Dios, ¿qué ven mis ojos? Cuanto tiempo ha -saludó Alonso.
-Desde que te acomodaste en la parroquia de San Roque te olvidaste de los viejos compadres de antaño -le reprochó el joven.
-¡Vive Dios que no es así! -se quejó Alonso-. Sebastián, hemos crecido y nuestro oficio nos ocupa día y noche.
-¿Dónde está el Alonso que era como mi hermano? El que quería probar suerte en el Nuevo Mundo. Yo lo sé, se esfumó al nombrarle cofrade mayor.
-No digas necedades Sebastián, harto dolor me producen tus palabras.
-Más pena llevo yo en mi pecho al saber de cierto que he perdido a un hermano -concluyó con brusquedad.
Y sin mediar palabra, encaminó sus pasos hacia la casa del jaque en el Arenal, donde le esperaban la Escarramana y la Galantona con las viandas que había comprado para el banquete, dejando que las frases huecas de Alonso se las llevara el viento.

&&&&&&&&&&&&

Al día siguiente le soltaron de la Cárcel Real. Le habían traslado desde la Gran Cámara de Hierro que compartía con otros bravos, viejos soldados y valentones que poblaban la ciudad de Sevilla, al patio donde el sonido de la fuente se le antojo canto celestial. Sobrevivía en aquel inmundo lugar, porque sus amigos le iban socorriendo durante el encierro, los más con algún real con el que por la puerta llamada de Oro iban untado a los porteros. También por los alimentos que le arrimaba una coima de la Cofradía.
Lo cierto es que Saturno sabía guardar las espaldas como nadie. De todos era sabido que el resto de los reclusos tenían inclinación por apropiarse de lo ajeno, ya fuera calzado, ropa o algún que otro real de los compañeros de infortunio. Al ingresar en la prisión hizo las averiguaciones pertinentes

para estar al tanto de quien era el gallo de aquel corral y al punto se fue derecho a por él, hizo las saludes y en lo que dura un suspiro le puso un pastorcillo en el gaznate, que traía escondido, fue mano de santo. Saturno era bien conocido en toda Sevilla, su mayor hazaña, ser uno de los pocos soldados de los tercios que sirven a nuestro rey, supervivientes de Rocroi y los pobres que no lo conocían, más pronto que tarde sabían que debían andarse con ojo. Durante su estancia, apenas pudo dormir por el griterío y la suciedad que prodigaba ese infecto lugar. Cuando lo hacía, se acomodaba en un rincón más o menos libre de ratas y de rateros, embozado en su capa.
Apostado en la fachada principal de la cárcel que daba a la calle Sierpes, parpadeó ante la claridad cegadora del mediodía. Valiéndose de la diestra a modo de visera, vislumbró la rotunda figura de la Escarramana, se enderezó el espeso bigote que le daba una impronta de guerrero aguerrido y le salió al paso. La coima se abalanzó sobre su hombre, pero retrocedió al comprobar que apestaba.
-Ya tendrás tiempo de recompensarme esta noche -le dijo el rufián mientras estampaba un manotazo en el poderoso trasero de la hembra.
-Trae pa ca la capa, apesta y está llena de chinches.

III. LA CASA DE CONTRATACIÓN

Con su nueva identidad, consiguió que le abrieran las puertas al Salón de los Almirantes de los Alcázares Reales. Era veterana en eso de correr peligros, más, que era la vida sin ellos. Su siguiente paso sería encontrar el bargueño del escribano real. Fue empresa fácil, meterse en la piel de una desconsolada viuda de capitán de navío que había naufragado en aguas septentrionales. Su magistral actuación, le granjeó la entrada al auténtico lugar donde se cocinaba todo lo que acontecía en Sevilla. Después, solo fue cuestión de esperar la ocasión. Mientras el oficial se ausentó del lugar en busca de los documentos, penetró en la habitación contigua y se ocultó en un arcón. Cuando el funcionario volvió y no la halló allí, pensó que el dolor la hizo volver a su morada.
Nada más tener la certeza de que no quedaba nadie en el edificio, salió de su escondrijo, entró en la sala principal y se acercó con sigilo al bargueño quitándose la cadenita donde llevaba colgada la llave. Con el pulso acelerado la introdujó en la cerradura del cajón central.
-¡Por la sangre de Cristo, ese bribón cambió la cerradura! ¡Hideputa! -maldijo Francesca, montada en cólera.
Había sido burlada y no lo podía soportar, un regusto amargo subía desde su interior, el fuego ardía en sus mejillas. Tenía que marchar de allí, los alguaciles irrumpirían de un momento a otro, si la sorprendían en la sala, se iba a encontrar en un brete.
El silbido rompió el silencio. Era la señal convenida. Los matasietes armados hasta los dientes, cayeron sobre los porteros de la Casa, facilitándole así la huida.
Apenas lo podía creer, erró en sus cálculos. No lo podía consentir, estaba lívida y desencajada, sentía sus fuerzas desfallecer, la furia la golpeaba

con fuerza, tanto que hasta le había quebrado los huesos. Estando a cien pasos de allí, tuvo que apoyarse en uno de los muros de la Iglesia de la Caridad. Necesitaba imperiosamente descargar su rabia. Algún pobre diablo que la incomodase en su retorno, pagaría por su error. Que Dios se apiadase de aquel inocente, en esa Sevilla canalla y peligrosa de calles mal iluminadas, donde por menos de un ardite cualquiera podía recibir una estocada.

&&&&&&&&&&&&&

En el barrio de la judería, justo en la calle Levies, se erigía un palacio donde moraba la noble familia de los Mañara. La entrada a la construcción se realizaba a través de un zaguán y un patio delantero con un pequeño apeadero con doble arcada, tras el que se accedía al patio central. La arquería se sostenía sobre columnas en las dos plantas.
El oficial de la Casa de la Contratación fue conducido a la biblioteca por una criada mulata. El numerario encontró a don Miguel leyendo un extenso volumen que se intitulaba El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha, estaba tan enfrascado en la lectura que no se percató de la presencia de la doméstica y del hombre hasta que este carraspeo.
-Don Toribio, ¿ya habéis llegado? -se volvió, mirándolo con fastidio.
-No os quedéis ahí de pie, tomad asiento -le invitó, mientras él predicaba con el ejemplo-. Manuela tráenos una taza de chocolate -ordenó atándose el batín.
-Sí, señor -contestó, retirándose y dejándolos solos.
Hasta que la criada regresó a la biblioteca cargada con una bandeja que contenía dos humeantes tazas de chocolate y dos hermosos pedazos de bizcocho, don Miguel, para matar el tiempo, se dedicó a estudiar en profundidad a aquel adefesio. Traía el rostro picado de viruelas, era cejijunto y de nariz aguileña, enjuto de carnes y sobrio de vestimenta. Observó también la falta de limpieza en sus manos, hecho, que avivó todavía más su repulsa. Si no fuera porque en la nota que le envió le manifestara que lo que tenía que contarle era de capital importancia, se habría ahorrado la horrible visión.
-Y bien, ¿qué es eso que tenéis que contarme que no puede esperar? -inquirió con tono arrogante.
-Pues no sé muy bien por dónde empezar -contestó dubitativo, rascándose la cara cual perro tiñoso.
-Hablad, hablad por Dios, que me tenéis en ascuas.
-Como ya os habréis enterado el escribano de real de la Casa de la Contratación ha sido vilmente asesinado a los pies del ventorrillo que hay a las afueras de la puerta del Arenal.
-Sí algo me han contado, por lo visto está en boca de todos los mentideros de la ciudad el funesto suceso que le ha sobrevenido al pobre escribano. Me pregunto, ¿quién le querría así de mal?
-La última vez que le vieron con vida, iba del brazo de una coima de las del Compás de la Mancebía -informó don Toribio.
-Más, ¿no se ha sabido nada de ella? ¿No se la ha buscado por la

mancebía? -preguntó bostezando sonoramente, como si le aburriera una conversación tan tediosa.
-Sí, los corchetes han estado preguntando por una tal Floresta, que es como se hace llamar la muy bellaca. Mas lo único que han sacado en claro del resto de las coimas, es que era nueva por la mancebía y muy hermosa a un punto, pero desde esa noche nadie la ha vuelto a ver, es como si se la hubiese tragado la tierra, se ha esfumado como ánima que lleva el diablo.
-Eso no puede ser posible, alguien la ha tenido que ver.
El oficial tragó saliva de modo ostensible.
-No, ha desparecido o la han hecho desaparecer -afirmó el funcionario.
El noble, visiblemente cansado de la conversación, decidió tomar cartas en el asunto y terminar con aquello.
-Bueno y esto que me estáis contando, ¿qué tiene que ver con el asunto que me venís a relatar? -preguntó-. Os suplico que no os andéis con florituras.
El numerario se disculpó ante el noble y continuó con lo que venía a contarle.
-Mucho don Miguel, a don Antonio le han asesinado por un documento que compromete a un comerciante muy importante desta ciudad, estoy seguro de que la meretriz mató al escribano por encargo de ese mercader.
-¿Y cómo estáis tan seguro? Es que acaso…
-Sí, don Antonio días antes de morir, ya barruntaba algo. Tenía miedo, me llegó a confesar que en sus manos había caído un documento que comprometía a un rico mercader que goza de un favor especial de su majestad, nuestro rey Felipe IV.
-¿Y por qué me lo contáis a mí? ¿Qué tengo yo que ver en todo esto? -inquirió el noble enarcando una ceja.
-Me dijo que si le ocurría algo, acudiera a vos y que solo os dijera el nombre del comerciante.
-¡Válgame Dios! ¿No será…?
-Don Diego Paiva -dijo afirmando la voz a duras penas.
-Acabáramos, no podía ser otro. Esa alimaña, ya sabía yo que ese ser vil y despreciable tenía algo que ocultar. Desde que llegó a Sevilla supe a un punto que solo me acarrearía problemas a mí y a mi familia. Y ¿no os contó nada más? ¿No os confió de qué se trataba? Acaso os dijo, ¿qué contenía ese documento?
-No, solo me aseguró que si lo que esconde llegara a manos del rey, este caería en desgracia y perdería su favor para siempre -respondió con voz queda.
-¿Y no os dijo dónde lo guardaba? ¿Quizás en la Casa de Contratación?
-No, ya no volvió a contarme nada, lo que sí recuerdo es que el día que lo despacharon hallé a un cerrajero cambiando la cerradura del bargueño que tenía en su sala.
-¿Le habéis contado esto a alguien más? -le interrogó ostensiblemente alterado.
-Por mi honor, que solo os lo he relatado a vos □juró el numerario, temblándole el tono de voz.

-A buen seguro que la tal Floresta intentó sonsacarle información para recuperar el documento, esa perra actúa para don Diego. Hay que encontrarla y hacerla hablar.
El oficial asintió gravemente con la cabeza.
-¿Recordáis algo más que nos pueda ayudar a resolver este enigma y recuperar ese documento?
-Pues agora que lo decís sí, cuando encontraron el cuerpo de don Antonio vieron que tenía la ropilla desabotonada y no encontraron ni la bolsa con los dineros, ni otros objetos de valor. Los corchetes pensaron que se trataba de un hurto, pero yo al recordar lo tratado con el escribano supe que no era así, que tenía que haber algo más.
-¿No le habréis contado esto a la autoridad?
-No, estaba muy asustado, entonces recordé que él me insto a que os pusiera en antecedentes, la verdad es que sigo aterrorizado -confesó el funcionario-. Oh Dios, no sé qué va a pasar.
-Don Toribio, no os preocupéis más, habéis hecho muy bien en relatarme lo acaecido con el pobre don Antonio, dejadlo en mis manos, pronto ese traidor y fementido de don Diego pagará por todo lo que ha hecho.
-Ojala sea así, que la muerte del escribano no caiga en el olvido y se haga justicia.
Al salir el grotesco personaje de su palacio, don Miguel quedo pensativo, parecía meditar sobre las últimas palabras escuchadas. Agora sí, había llegado la hora de cobrarse el agravio que años ha sufrió en sus carnes de manos del ladino portugués. «Tenía que hacer algo con premura, si esa mujer seguía viva a buen seguro intentaría recuperar el dichoso documento. ¿Lo habría conseguido? ¿Estaría en la casa del difunto? ¿O tal vez en la oficina? El mamarracho le dijo que cambió la cerradura del bargueño, a buen seguro que se encontraba allí». Presto llamó a un esclavo y le conminó a que saliese a buscar al funcionario con el que se entrevistó en palacio, era menester que volviera a tratar con él.

&&&&&&&&&&&&&

Saturno andaba rascándose cual perro sarnoso, en su cabeza anidaban una comunidad de piojos y en su cuerpo las chinches le hacían danzar al compás del baile de San Vito. Había salido de la cárcel acompañado de unos incómodos huéspedes de los que más le valía desprenderse. Decidió acercar sus pasos hacia la casa de baños de Gaspar el Valenciano, antiguo soldado de los tercios que las más veces le fiaba. Mientras se remojaba en la tina de madera, como garbanzo en olla, pensó en hacer la visita de rigor al jaque del Arenal para darle las gracias por haberle aligerado la estancia en el penal, pero primero haría una parada en la taberna del Tuerto para echarse al coleto medio azumbre de vino. En esas estaba cuando vio aparecer a Gaspar con las ropas limpias que le hizo llegar la meretriz. Al salir de la tina, el agua lucía tan negra como un lodazal de marranos. Surcaba su espalda una enorme cicatriz recuerdo de su última

estancia por tierras holandesas con los tercios de su católica majestad el rey Felipe IV. Se calzó las medias remendadas, los calzones y la camisa. Por último se puso la ajada capa sobre los hombros y salió a la calle a la hora que precede al crepúsculo.

&&&&&&&&&&&&&

Junto al Hospital de la Misericordia estaba arremolinado en corrillo, un grupo de ociosos que montaban tertulia. Cerca de ellos unos rapaces, habituales de la calle mataban el tiempo apedreando a un escuálido gato, al que apenas le quedaban fuerzas para escapar. Aquella vivida estampa, le hizo rememorar sus días de golfillo malviviendo en plazas y calles abarrotadas de otros huérfanos como él. Su suerte cambió cuando los monjes de la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios, que dirigían el hospital, le recogieron de la calles al poco de morir su madre. Gracias a ellos tuvo un lugar donde cobijarse y comer caliente. Allí vivió durante cuatro años con el resto de huérfanos que la ciudad prodigaba. Se acordaba del huerto y de las cocinas donde ayudaba a los hermanos con las tareas diarias. Lo que más recordaba fueron las liciones de Fray Bernardo, que a pesar del breve tiempo de descanso del que disponía, pues la mayor parte del día la pasaba en el hospital cuidando a los enfermos y ancianos, le prodigó, enseñándole a leer y a escribir. El pobre monje sufrió un amargo desengaño, al enterarse de que Alonso había decidido volver a la calle a buscarse el sustento y no ingresar en la Orden como el monje anhelaba. Con todo, el fraile le perdonó y el joven seguía visitándolo. A Alonso se le representaba como el padre que nunca tuvo. Encontró al clérigo en el hospital componiendo huesos y entablillando la mano a un joven que trabajaba en la reconstrucción de la iglesia, ya que además de ayudar a sanar el alma de los enfermos, también tenía curas para el cuerpo. Hacía un par de años, cuando Alonso le preguntó por sus conocimientos de medicina y botica, el fraile le confesó que siendo niño, sus padres fueron criados en una casa de un judío converso que era cirujano y que de él, aprendió todo lo que sabía de plantas, de enfermedades y de curas, pero que al ingresar en la Orden nunca lo mencionó por miedo a ser acusado de simpatizante de marranos, que era la forma humillante de llamar a los judeo-conversos y le pidió que le guardara su secreto. A cambio Alonso le suplicó que los dineros que fuera ganando los salvaguardara en su celda, pues temía que dejándolos en el cuartucho donde dormía, en la parroquia de San Roque, se los hurtaran y solo escondía allí, objetos escasos de valor y algunas blancas.
Al principio el fraile se negó en redondo pues sabía que ese dinero era fruto de la rapiña, mas las palabras de Alonso le convencieron. El chico le reveló que ese capital lo estaba guardando
para viajar a las Américas y empezar una nueva vida allí alejada del latrocinio. Además, siempre que podía, una parte del botín se la entregaba para que siguieran recogiendo a huérfanos de la calle como él.
-Pater, deje que le ayude.

Alonso le quitó la azadilla al monje y comenzó a cavar un hoyo no muy profundo.
-Muchacho, loado sea el señor, se me llena el alma de gozo con tus visitas -se alegró Fray Bernardo-. Y cuéntame, ¿cómo estás?
-Pues ya me veis, sano como un roble y ágil como un simio.
-Más te vale hijo mío, no me gustaría ver que te llevaran a gurapas, o lo que es peor que te ajusticiaran en la plaza.
-No sufráis padre mío, ese día no lo han de ver vuestros ojos, pues yo soy muy hábil en el oficio.
-Válgame el cielo, cuantos como tú dijeron lo mismo a sus seres queridos y están agora criando malvas.
-A mí no me pasará…
-Que Dios te ampare hijo.
-Más pronto que tarde me iré de esta ciudad, allende los mares viajaré y me instalaré en una ciudad prospera, es más, quien sabe, algún día me volváis a ver convertido en un rico indiano -aventuró el joven.
-Y mi dicha será inmensa, pues sabré que os habéis forjado un porvenir y que os habéis alejado de la miseria, las muertes y el latrocinio.
-La mía sería mayor pues me estableceré en esta nueva Babilonia, que aunque me ha tratado de manera ingrata la llevo en mi corazón y fundaré un nuevo hospital para ayudar a los pobres, a los huérfanos y a los que lo necesiten y vos fray Bernardo seréis quien lo dirija.
-Gracias al cielo, porque a pesar que habéis vuelto a las calles, veo que mis liciones han servido para algo y que vuestro corazón sigue siendo puro como el del niño que recogí, no cambiéis nunca, no lo hagáis a pesar de los golpes que os de la vida.
-Dios quiera que así sea.
Acto seguido el fraile le dio un fuerte abrazo al joven y este se despidió de él dejándolo en paz en su austera celda.

&&&&&&&&&&&&&&

Era la hora menguada, Ruy esquivó un montón de desperdicios esparcidos por el pavimento. Después de pasar varios días acogido a sagrado en la iglesia de Santa Ana, decidió salir del resguardo de aquellos muros. A tales alturas, los corchetes del corregidor ya se habrían olvidado del lance. Se alejó al reparo de las sombras, atisbando los rincones oscuros de las calles al acecho de una sombra enemiga. Iba embozado con capa y chapeo. Cuando llego al pasadizo favorito donde se reunían los retraídos de la ciudad, que al abrigo de la noche, salían a dar una vuelta, a jugar a los dados, a la desencuadernada o lo que se terciara.
Empezaban a desdibujarse los contornos de las cosas y así fue como se dio de bruces con un valentón grande y vulgar, tanto, que sus espesas cejas parecían solo una. Su barba oscura y cerrada disimulaba una fea cicatriz.
-Cuerpo de Dios, es que acaso no tenéis ojos en la cara o es que vais beodo -gritó, echándole una mirada amenazadora como una mojada.
Ruy le sostuvo impávido la mirada con esos ojos negros y duros como el

pedernal, afirmó bien las plantas al suelo, preparándose para la danza que estaba a punto de comenzar, pues como viejo soldado que era, olfateo el peligro que se le venía encima.
-Por vida de mi santa madre, exijo una disculpa, pardiez -sentenció el rufián-. Trescientas mojadas os voy a propinar en vuestras carnes si no lo hacéis.
Al adentrarse un poco más en el callejón, la luz del farolillo iluminó mejor el careto del rufián. El viejo soldado se removió sin bajar la guardia y soltó una sonora carcajada.
-Repórtese vuestra merce o lo pagará caro -sentenció con mucho aspaviento de desnudar la tizona el bravucón.
-Voto a Dios que la próxima vez que compartamos celda en la Cárcel Real no seré tan indulgente con tus higadillos, compadre.
Dicho esto, a la luz del farolillo que colgaba en la esquina del callejón, bajo la arcada, el matasiete que venía bastante atravesado, pudo entrever cuando Ruy se quito el chapeo un rostro bastante conocido.
-Me alegro de veros -declaró-. ¿Qué hacéis retraído?
-Y yo de verle a uced -respondió retirando la mano de la empuñadura.
-Te hacía en gurapas. Las galeras del rey siempre tienen un sitio para matones de a quince la cuchillada y viejos soldados que ejecutan encargos de finos pisaverdes.
-Pues ya ve, la parienta que se amancebó con un oficial y entre goces y dineros acallaron a la justicia.
No acababa de terminar la frase cuando dos coimas, que ponían pies en polvorosa, alertaron a los parroquianos de que de un momento a otro los corchetes les caerían encima. El farolillo rodo por el suelo con gran estruendo. Al escuchar las voces de téngase a la fe y favor a la justicia, los pícaros y truhanes ya habían desaparecido como por ensalmo en menos de un Jesús y allí solo emergió la sombra de un gato que se alejó con rapidez al oír pasos corriendo de gente armada.
Una vez lejos del pasadizo, Ruy se arrebujó en un zaguán a recobrar el aliento, se hallaba cansado y hambriento. Encamino sus pasos hacía un bodegón de puntapié donde acallaría sus tripas, llevaba sin probar bocado desde la mañana.
Mientras callejeaba se puso a silbar entre dientes una vieja coplilla que oyó entonar a otros viejos soldados como él en Ostende y sonrió a la oscuridad, la suerte estaba hoy de su parte.

&&&&&&&&&&&&

A la luz de un velón de sebo y sentado en una vieja banqueta, Alonso trazaba, cual amanuense, con una letra angulosa pero bastante correcta, unos versos de una comedia del «Fénix de los Ingenios» que no ha mucho escuchó recitar en el corral de comedias del Coliseo.

Mejor será que lleguemos
hasta la Torre del Oro,
y todo ese gran tesoro

que va a las Indias veremos.

Aquella tarde, Bárbara Coronel, que era la actriz que encarnaba a Urbana en El Arenal de Sevilla de Lope, había bordado el papel de la tía de doña Laura. Esos versos se le habían clavado a fuego en su pecho y tenía una necesidad imperiosa de garabatearlos en el cuaderno que años ha le regalara fray Bernardo, para que no perdiera las buenas costumbres de la escritura.
Después del ejercicio con la diestra y de lavarse las manos en la jofaina, se tumbó en su jergón. Antes de dormirse hizo recuento de todo lo acontecido durante el día. Le vino a la memoria la imagen de la agraciada Beatriz y deleitándose en el recuerdo de esas formas tan rotundas cayó en un dulce sopor.

&&&&&&&&&&&&&

Había sido buena idea mandar al esclavo Doroteo a interceptar al funcionario, era un negro inmenso y le alcanzó de dos zancadas. El escribiente se encogió de hombros y de muy mala gana siguió al fámulo hasta la residencia de Don Miguel.
-¿Qué es eso que tenéis que preguntarme para que no pueda esperar a mañana? -inquirió el secretario con gesto hosco.
-Después de vuestra marcha me he puesto a cavilar sobre lo que me habéis contado y creo que vos me podéis ayudar -aclaró don Miguel.
-¿Cómo?
-Las llaves de los escritorios y bargueños de la Casa de Contratación, ¿están custodiadas?
-Sí por los alguaciles que vigilan la Casa. Además cada uno de los oficiales que trabajamos con un escribano, tenemos una copia de nuestro propio escritorio.
-Creo que eso era lo que la tusona buscaba al registrar el cuerpo del escribano. Y decís que cuando lo encontraron ¿no llevaba nada encima?
-Sí -confirmó don Toribio.
-Pues mucho me temo que a estas horas la tal Floresta ya habrá intentado abrir el bargueño.
-Pero el escribano cambio la cerradura…
-Lo más probable es que el finado estuviera vigilado de cerca.
-¿Y qué podemos hacer?
-Lo que os iba a pedir, ¿podríais requerirle al alguacil que esta de turno, que os prestara esa llave so pretexto de sacar una documentación necesaria? Erais el oficial del difunto, no creo que os lo niegue.
-Sí, creo que podría, mañana lo intentaré y os informaré -concretó y se giró hacia la puerta dando por zanjada la visita.
Don Miguel se interpuso entre él y la puerta, cerrándole el paso.
-No, me temo que mañana será demasiado tarde, tenemos que averiguar si ella ha conseguido llevarse el documento y si no es así, si está guardado en el bargueño.
-¿Me estáis pidiendo que vayamos agora? -se sorprendió el numerario por

la premura del asunto.
-Vos mismo dijisteis que queríais que se encontrará al culpable, pues que mayor homenaje a don Antonio que ayudar a esclarecer su horrendo crimen.
-Tenéis razón, agora mismo voy hacia allá.
-Y yo os acompaño.
-¡Cómo! -exclamó el numerario.
-Mi cochero conducirá hasta allí, yo os esperare en el carruaje a una distancia prudencial para evitar sospechas.
-A mi me acomoda.
La espera se le estaba haciendo eterna, las ideas más descabelladas venían a su mente « ¿Estaría todo perdido? ¿Habría logrado don Diego hacerse con el documento que lo comprometía?»
Por fin, vio aparecer al grotesco funcionario. Nada más verle el careto, supo cierto que la asesina no lo había conseguido.
-Dios del Cielo, hablad, me tenéis en ascuas ¿Qué ha pasado?
-El alguacil me ha entregado la llave, el bargueño no se ha forzado, he estado revisando la documentación que tenía guardada y no hay ningún escrito que comprometa la figura de don Diego Paiva.
-¿Estáis seguro?
-Doy fe de ello, pero tengo que deciros que el alguacil me ha relatado que anoche paso algo extraño, a los dos porteros que hacían la guardia les cayeron dos matasietes encima, por suerte uno de ellos no ha perecido, está herido y ha mencionado que escuchó un silbido que venía del interior, mas no pudieron hacer nada porque presto se les echaron encima. Él jura por Dios que vio salir una mujer de la Casa de Contratación.
-Por Belcebú, agora con más motivo hay que encontrarla.
-De ese parecer soy yo -dijo soltado una risita nerviosa.
-Vos ya me habéis ayudado lo suficiente, esto requiere que contrate a gente de mala catadura -sentenció don Miguel.

&&&&&&&&&&&&

Don Diego palpaba la misiva que había recibido de Francesca, al abrir el sobre lacrado leyó:

Don Diego os ruego que me visitéis en la casa que tengo alquilada en la Calle de la Feria, mañana a las seis de la tarde.

Y quedo vuestra servidora.

F. d. P.

Una sonrisa aleteo en el rostro del mercader, a buen seguro que había recuperado los estatutos para él. Dio en el clavo al favorecerla para ejecutar ese trabajo. Cuando su amigo, un banquero genovés y mentor de la dama, la propuso para la faena, él tuvo sus dudas.« ¿Una mujer?, ¿no

sería más seguro contratar a un matón a sueldo más experimentado?, un soldado de los viejos tercios de Flandes, de los que su majestad mandaba a morir con honor y por el rey y nunca pagaba la soldada». Su amigo se rio y le dijo «no la conocéis, no necesita la fuerza de hombre para conseguir lo que quiere, le basta y le sobra con su astucia e inteligencia y sobre todo con sus encantos».
Exigió una alta suma por sus servicios, en verdad sería merecedora de ella, pues en tan reducido espacio de tiempo le había salvado de caer en desgracia, o lo que era peor, en las garras de la Inquisición. Deseaba llegar a la casa y que la joven le entregara el documento y en la gran chimenea de piedra y mármol quemarlo, olvidándose del trago amargo que había tenido que pasar esos aciagos días. « ¿Podría confiar en ella?» Su amigo dio fe de ello, le confesó que era una tumba, una vez que realizaba el encargo y cobraba por sus servicios, no se volvía a saber más de ella. Sería como si nunca hubiesen tenido tratos. Esperaba que así fuera. Una pena que le incomodase pidiendo más, pues tendría que contratar algún valentón de medio pelo, de los que llevaban la espada colgada al hombro, para que la hiciera pasar a mejor vida.

&&&&&&&&&&&

La noche olía a humedad y a serrín en la afamada taberna. Había suciedad y los ratones correteaban por el suelo, mas eso no era estorbo para que los contertulios se enredaran en engorrosas discusiones sobre política, teatro y hembras. Las más veces, los corchetes se dejaban caer por allí, más por los buenos caldos que se servían que por las pendencias a las que pudiesen poner orden.
La puerta trasera que daba a otra calle se abrió, un hombre fornido y recio entró sacudiéndose el barro de sus botas. Las tablas rebosaban de botellas vacías. Ruy bebía solo, la mirada perdida en la vieja pared de ladrillo. El rufián que acababa de entrar se dirigió hacía su mesa y posó su callosa mano sobre el hombro del viejo soldado.
-Dichosos los ojos, si tenemos aquí a Ruy. ¿Es qué no me conoces compadre?
De esa guisa que traía, ni el mismísimo Satanás le habría reconocido. Ferreruelo no traía, las medias roídas, el jubón estaba recosido. Ruy al ver a ese despojo no supo de quién se trataba.
-¿Es qué no me conoces? -volvió a repetir el gañan-. Estuvimos luchando codo con codo en Rocroi. Ya sé, ya se, es que de aquí a unos días no me dan encargo ni para una cuchillada de a catorce. Soy Saturno.
-¡Que se condene mi alma si esperaba encontrarte aquí!, ha demasiado tiempo que no te llegabas hasta acá, ¿es que acaso te escondes bajo las faldas de tu coima? -bromeó Ruy.
Acto seguido emitió una estruendosa carcajada que se oyó en toda la taberna.
-Alquilaron mis servicios para cercenarle las orejas a un acreedor y cuando me di a la huida, los corchetes del corregidor me prendieron y la Gran cámara de hierro ha sido mi casa todo este tiempo.

-Tuerto tráenos de ese vino que tienes guardado para los amigos de calidad, que quiero invitar a nuestro viejo camarada. Se merece una buena bienvenida después de salir vivo del agujero. Siéntate aquí conmigo.
Después de que tomara asiento, se hizo un silencio muy largo. Ruy estaba algo melancólico y ausente.
-¿Qué sucede hombre de Dios? Estás muy callado. Si te incomodo, me esfumo -preguntó Saturno.
-No, quédate, no te vayas.
-Bueno, compadre tus cuitas las arreglo yo presto.
Se sacó el mazo naipes de la pechera, poco después vino el tuerto con una botella de Guadalcanal y se dispusieron a jugar al siete.
-Os acordáis hermano, de nuestras correrías con Pablo. Qué tiempos aquellos. Las damiselas caían a nuestros brazos y sus maridos se iban a criar malvas con una sola estocada nuestra y cuando desplumábamos a algún inocente, como el viejo tonelero, ¿Os acordáis? Allí le dejamos agraviado y enojado, casi nos pela las barbas al enterarse por la posadera que los naipes eran falsos. ¿Os enterasteis de lo de Pablo? – preguntó el harapiento.
Se echó al coleto el último trago de vino, limpiose en el revés de la mano la boca.
-No ¿Qué le ha acontecido?
-Plegó a Dios que este en la gloria, aunque, a buen seguro, que esté en el purgatorio o quemándose en las llamas del averno, pobre camarada -sentenció el muy truhan.
-Por las llagas de Cristo, ¿qué le sucedió? ¿Lo mataron?
-No que va.
-Entonces, ¿qué fue de él? -preguntó el espadachín.
-Se lo llevaron las fiebres tercianas.
Llegose a la taberna otro conocido de los tres, era un viejo poeta que malvivía de los versos que escribía. De rostro enjuto, traía una capa raída y muy remendada, las calzas parecían roídas por los ratones, cubría su cabeza un triste sombrero sin toquilla.
-Buenas os dé Dios, poeta –le saludo Ruy-. Venid a sentaros y contadnos a cuantas damiselas habéis enamorado con vuestros poemas.
-Viejo amigo, no os burléis de mí, las damas no se fijan en un miserable como yo.
-¿Os acordáis de Saturno?
-Como me iba a olvidar del mayor fullero de la corte de pícaros que puebla Sevilla-afirmó el poeta.
-¡Dadme un abrazo amigo mío! -exclamó el tahúr.
El poeta se sentó en el taburete que quedaba vacío.
-Y bien ¿Cómo os van las cosas? ¿Qué hacéis que no os conseguís un Mecenas?
-Ese sería mi gusto, pero es me la fortuna contaría pues donde la pudiera esperar y tener buena, allí la perdí.
-Bueno, bueno, brindad con nosotros y olvidad las penas -celebró Ruy.
-Caballeros juguemos al tresillo.

Y mientras le daban uso a la desencuadernada, dos forasteros que estaban de paso, decidieron probar suerte, pidieron un lugar en la mesa. Saturno y sus compañeros les acogieron de buen grado. Los pobres no sabían lo que les esperaba. Al menguar los dineros asomaron miradas de codicia, se escaparon unos cuantos suspiros y no pocas blasfemias. En menos tiempo que el que se envían almas al averno, Saturno les había ganado treinta reales y cuarenta maravedís, que fue como darles treinta lanzadas y cuarenta pesadumbres.
-Habéis hecho trampas – bramó uno de los dos caballeros.
-Dios me libre -respondió Saturno.
-Pardiez, mentís como el bellaco que sois.
-Retirad esas palabras u os pueden costar muy caras -sentenció Ruy.
-Por mi venerable madre que sois unos fulleros.
-Vos lo habéis querido, no queda sino batirnos -anunció el espadachín apurando el resto de vino.
Se puso en pie derribando algunas botellas vacías que reposaban sobre las tablas de al lado, la mano en la empuñadura de la espada, un palmo de acero pondría las cosas en su sitio.
Los desconocidos hicieron ademán de desenvainar sus floretes, la reacción no se hizo esperar. El tuerto lanzó la tizona por los aires que recogió Saturno.
Por no destrozar la taberna a su amigo y compañero de fatigas, Saturno y Ruy hicieron ademán de salir a la calle.
-Por aquí caballeros, no vayamos a estropear la taberna a nuestro amigo.
Ruy había sido un esgrimidor terrible en su mocedad y con Saturno como pareja de baile, el resultado era seguro. Con las capas liadas al brazo zurdo y las desnudas tizonas en el diestro brazo, batianse enardecidos. De los cruzados aceros en golpes feroces saltaban chispas. Oyeronse pesias y epítetos sobrecogedores. Los combatientes acusaban el cansancio de sus mandobles y tiradas a fondo. En el peor momento, una de las aceradas lenguas con punta y filo, se ensartó en la manteca caliente del pecho del adversario de Ruy.
-¡Voto a Dios que tengo sed! El ejercicio me ha dejado seco el gaznate, tuerto tráete otra botella que vamos a despacharla, mis amigos y yo -exclamó Ruy.
-Esto vuelve a parecerse a nuestros años de mocedad – sentenció el poeta.
-Sí –dijo el tabernero –hace tiempo que no me deleitabais con un espectáculo así. Gracias hermanos por haber pensado por una vez en mi negocio, antes no erais tan considerados.
-Antes no nos daba tiempo ni para santiguarnos -bromeó Ruy.
Al finalizar la velada, tanto hablaron y bebieron los tres buenos amigos, que tuvo necesidad el sueño de atarles las lenguas y templarles la sed. Otro día amanecieron cansinos, la noche anterior se quedaron pegados a las tablas, y agora les dolía todo el cuerpo.
-Tuerto déjanos recostarnos en un rincón o de lo contrario no sé qué va a ser de nosotros, necesitamos un jergón donde descansar.
-Tomad la llave.

Subieron los tres a un cuartucho, Saturno y el poeta hicieron los honores a la luz de un velón de sebo, el lecho para Ruy y el duro suelo para ellos. No salieron del cuarto hasta mediada la noche; sentaron sus posaderas en los taburetes y llamaron al tabernero.
-Tuerto, tráenos una botella de vino de lo caro -pidió el poeta.
-Eso está hecho -respondió-. Inés, ve a la bodega a por una botella de Alanís.
Se alejó la moza a su recado con un movimiento de caderas que siguieron con los ojos todos los allí congregados. Fue Saturno quien formuló la pregunta.
-¿Tuerto?
-Que mandas viejo amigo.
-¿Cómo es que no tenéis aquí a unas muchachas que deleiten los ojos y otros menesteres a los que por aquesta taberna pasan?
-Las hembras siempre traen follones, y yo, ya no quiero más en esta bodega.
-La falta de ellas hará que los clientes se vayan en busca de daifas -señaló el poeta.
-Erráis de todo en todo. Aquí no habrá hembras pero se sirven los mejores caldos de la ciudad. Y como es menester todo el que quiere bien beber pasa por aquesta taberna, aunque luego vaya a otra en busca de coimas.
-De ese parecer soy yo -apostilló Ruy.
-Si lo que buscáis compadre son buenas meretrices, dijo el poeta, vayamos al Compás de la Mancebía.
-No se hable más, encaminemos nuestros pasos hacia allá.
-Muy aprisa has hablado, ¿traéis dineros encima? – dijo Saturno.
-No traigo ni un ardite en el bolsillo.
-¡Por las llagas de Cristo muchachos, vayamos hacia allí!, ha unos días recibí un dinero por un encargo bien hecho – dijo Ruy.
Después llegaron a la mancebía del Toscano donde tendrían hembras a tropel.
-Hemos llegado.

IV. EL COMPÁS DE LA MANCEBÍA

Don Miguel estaba soliviantado, las mancebías no eras lugares de su agrado, pero el alguacil había insistido que fuese allí donde se entrevistasen, pues si tanta era la premura, que mejor lugar donde conseguir a la gente que precisaba para el encargo. El corchete parecía que no tenía prisa en asomar su careto por allí. Por fin irrumpió en el burdel e hizo las saludes.
-Buenas noches nos de Dios, don Miguel. Y bien, aquí me tenéis, ¿que se os ofrece? -preguntó el alguacil.
-Buenas noches tengáis, necesito una serie de rufianes que hagan un encargo por mí y que empiecen la faena mañana mismo.
-Y, ¿de qué catadura los queréis? ¿A cuántos tienen que despachar?
-No, no se trata de despachar a nadie, necesito encontrar a alguien y a la

vez recuperar un documento que compromete a un enemigo de mi familia.

-Acabáramos, me estáis pidiendo avispones y un escalador o un salteador de tejados.
-También necesitaría valentones por si hay que sacarle las palabras con mano dura y para cubrir al escalador.
-Como sabéis, primero tengo que hablar con el jaque de la cofradía.
-Por los dineros no hay problema, seré generoso con todos, incluyéndoos a vos -apuntó el noble.
-Por mi honor, que no lo pongo en duda -afirmó el corchete-. Estáis de suerte, pues si mi vista no me engaña, está allí conversando con la Escarramana. Esperad aquí un instante.
Acto seguido, se dirigió hacia el gigantón de patillas pobladas y pellejo surcado de heridas del oficio y le susurró algo al oído. El otro se levantó y se encaminó hacia las escaleras.
-Don Miguel acompañadme arriba a uno de los cuartuchos, allí nos espera Brazoluengo, es el jaque del Arenal, subamos y terminemos de concretar el encargo, es un lugar más tranquilo y ajeno de oídos indiscretos.
-Que me place. Doroteo acompáñame arriba.
-Sí, mi señor -respondió el criado.
-Espero que no os incomode su presencia -señaló don Miguel.
-No era necesario, somos gente de palabra.
-Claro, claro subamos pues.
Una vez puestos los naipes sobre la mesa, don Miguel entregó al jefe de la Hermandad un par de bolsas repletas de maravedís, prometiéndole pagar el resto al final de encargo. El otro levantándose de la banqueta en la que se sentó, le informó que avisaría al alguacil cuando tuviera a los hermanos que creyera más curtidos para el encargo y que al día siguiente en la mañana, tendría lo que necesitaba.

&&&&&&&&&&&

Don Diego aporreó la aldaba de la casa con más denuedo, llevaba un tiempo tocando y nadie salía a abrir. Qué extraño, pensó, «si me ha citado a esta hora, ¿habrá ocurrido algo repentino que le haya hecho salir?»
Estaba en estas cavilaciones, de pronto oyó pasos dentro de la casa.
-¿Qué sucede? ¿Quién osa golpear así mí puerta? -bramó Francesca todavía somnolienta.
-Soy don Diego, abrid por Dios, ¿no veis que aquí fuera alguien me podría reconocer?
-Pasad, pasad.
-¿Qué os acontecía? ¿Indisposición quizás? -inquirió el portugués.
-No, me he debido de quedar dormida con un libro entre mis manos.
-Bueno, bueno dejémonos de niñerías, ¿Dónde están los estatutos? Entregádmelos, estoy deseando destruirlos.
-Me temo que no va a ser posible.
-¡Cómo!-vociferó el mercader.
-Lo siento, mas…

-¿Es qué queréis matarme de sufrimiento? -preguntó el mercader-. Yo que pensaba que mis cuitas habían acabado. Pero ¿cómo es posible? vuestro mentor me dio muy buenas referencias de vos, me confirmó que siempre cumplíais con los encargos.
-Y así será.
-No, no estáis hablando en serio, esto tiene que ser un mal sueño.
-No, no lo es, el muy truhan del escribano me engañó, me hizo creer que la llave que llevaba consigo era la del bargueño de la Casa de Contratación, mas debió de cambiar la cerradura, pues temía que hurtásemos el documento y así no sacar provecho, esta vez fue más listo.
-Entonces, ¿no pudisteis abrir el bargueño?
-No, pensé que yo sola podría hacerlo con la llave, pero ya veis, hubiese sido mejor forzar la cerradura, más no tenía tiempo, los porteros iban a entrar a la sala y me hubiesen descubierto.
-Estoy perdido, yo que pensé que podría quemar el documento y dejar atrás mis pesares -lloriqueó don Diego-, con los dineros que gaste para aparentar ser un cristiano viejo.
Como muchos mercaderes y banqueros portugueses que se habían establecido en la corte y en Sevilla, Don Diego no era de sangre limpia, en su genealogía familiar figuraba una rama judía.
-No os aflijáis, yo siempre termino mis encargos y juro por Dios que os entregaré ese documento, aunque me vaya la vida en ello.
-¿Y cómo pensáis obrar?
-Como lo tenía que haber hecho desde el principio, forzar la maldita cerradura y traeros el documento. Más agora que lo pienso, ese ladino de escribano tal vez me quiso confundir y el documento no esté en la Casa de Contratación, puede ser que se encuentre en otro lugar, si en el bargueño no está lo que buscamos, tendré que revolver en su hogar.
-Pues que así sea, por favor daos prisa, me temo que si fue astuto para engañaros, también pudo serlo para dejar instrucciones por si le pasaba algo y alguien más es conocedor de mi secreto. Averiguad lo que sea, porque en ello va mi vida y mi honra.
-Sosegaos, os prometo que os sacaré de este trance -se comprometió la dama-. Quizás necesite más maravedís para contratar a unas coimas y algún matasiete por si la cosa se pone fea.
-Aquí tenéis la bolsa que llevo, no reparéis en gastos, mi vida está en vuestras manos, esta vez no me defraudéis.
-No lo haré, si no mal rayo me parta en dos -sentenció Francesca-. Mañana mismo iré a la Casa de Contratación, pagaré a unas coimas para que entretengan a los alguaciles y así aprovechare para abrir el viejo escritorio.
-Avisadme de vuestros progresos, utilizad a un esclavo renegado que os mandaré al alba, podéis fiaros de él, no dirá ni una palabra, le cortaron la lengua y además no sabe leer.
-Adiós vayáis pues, don Diego.
-Con el quedéis, señora.

&&&&&&&&&&&&

No acababan de bajar del cuartucho, cuando el noble y su esclavo se marcharon. El jaque echó un vistazo a los parroquianos que poblaban la mancebía, y distinguió a algunos de sus cofrades. Después de meditarlo un rato, supo a quién iba a encargarles el trabajo y quiso comprobar si alguno de los escogidos andaba por allí. Esperó un rato, a ver si se dejaban caer. Al decidirse a ir a buscarlos, entraron por la puerta Ruy y compañía. Pareciole que la rueda de la fortuna giraba a su favor.
-Tomasa, diles a Saturno y al sargento, que los espero arriba -le pidió Brazoluengo.
La meretriz en cuanto vio que el jaque se adentraba en el cuartucho, se acercó a los tres amigos. Estos creyeron que venía a ofrecerse.
-Ven aquí hermosura, que te voy a dar pal pelo – dijo el poeta.
-Bueno, bueno ya será menos, anda sube conmigo, Ruy, Saturno, el jefe me manda deciros que os espera en el cuarto del fondo.
-Pues no se hable más, subamos a verlo -contestó Ruy.
-Esto huele a lance de trabajo, mi suerte ha cambiado y ha sido desde que nos hemos vuelto a cruzar -aventuró Saturno.
-No digas sandeces y sígueme.
-Sí, veamos que se le ofrece.
La luz vacilante del velón envilecía el rostro moreno de aquel gigante que se hacía respetar hasta con los puños.
-Tengo un asunto para vosotros.
-Ves compadre, como hay dineros de por medio.
-Alguien te necesita Ruy.
-¿A mí o a mi acero? -preguntó guasón.
-Ruy no me jodas, sobran aceros en Sevilla -bramó, retorciéndose el mostacho, malhumorado.
Brazoluengo hizo una pausa, para contrapesar el resultado de sus palabras.
-Se trata de gente de calidad -sentenció.
-¿Y por qué yo?
-Porque eres el mejor espadachín del que dispongo y porque sé que cumplirás el encargo a rajatabla.
-El negocio lo haré ¿solo o en compañía?
-No es evidente -y posó sus ojos en Saturno-. Esta noche ha estado aquí don Miguel Mañara y me ha pedido que le mande hombres de confianza para ejecutar un encargo -les informó Brazoluengo.
-¿Quiénes son los pichones? –preguntó Saturno-. ¿A quién hay que rebanarle el gaznate?
-Tranquilo hermano, aquí nadie ha hablado de despachar a nadie.
-Tal vez algún picotazo, un cercenado de orejas…
-¡Voto a Dios que si no cierras la boca, me busco a otro cuchillero que haga trabajos más finos que los tuyos! -Vociferó el jaque-. La empresa es la siguiente, hay que encontrar a
alguien, tenéis que ablandarlo para que os cuente donde está escondido un documento o para que os lo entregue. Además, es muy posible que

tengáis que cubrir las espaldas a un escalador, mientras este ejecuta su trabajo.
-El negocio es delicado, no es nada baladí -decretó-. ¿Y si algo sale mal?
-Es mejor por vuestro pellejo que nada salga mal.
-Me gustaría saber a quién vais a favorecer – inquirió Ruy.
-A Alonso es el mejor escalador y cicatero que tiene esta cofradía.
-Es muy joven, ¿no sería mejor que nos acompañase alguien más curtido?

-Razón de más para que sea él, la juventud es una virtud a la hora de ser ágil por los tejados y ventanales.
-Más la experiencia hace que no se caiga en errores que ya se conocen.
-Para eso os tengo a vos, quiero que capitaneéis esta empresa -replicó el jefe de los hermanos del Arenal.
-A mi me acomoda.
-Mañana hablaré con Alonso y con los dos avispones que necesitaréis para que sean vuestros ojos y den con el agujero donde se encuentra escondida la comadreja.
-Creo que me va a gustar este trabajo -murmuró Saturno por lo bajini.
-Y ¿os ha dicho a quién tenemos que buscar y de qué documento se trata? -interrogó Ruy.
-Cada cosa a su tiempo. Los detalles os lo dará el mismo, el alguacil os conducirá a un almacén que don Miguel tiene en el matadero, yo no sé nada más ni quiero saberlo, haced bien vuestro trabajo y se os recompensara con buenos dineros.
-Sería bueno que precisarais cuánto dinero contante y sonante vamos a recibir.
-Los pormenores del asunto os los aclarará otra persona, en estos tiempos que corren es pecado saber en demasia. Tomad estos sesenta maravedís, han pagado por adelantado una parte.
A Ruy no el gusto nada que le pagaran por tiempos, le complacía más que lo hicieran de golpe. Al contrario que al sargento, a Saturno ese dinero le aliviaba sus pesadumbres que eran muchas.

&&&&&&&&&&

Esa misma noche, Floresta y dos comadres más, se arrimaron a la Casa de la Contratación, iban vestidas con sus mejores galas y llevaban el cesto repleto de botellas de vino y otras viandas. Al verlas los alguaciles les dieron el alto. Estaban sentados pues la noche se presentaba tranquila, en una mesa jugando a Juan Tarafe, nombre con el que conocía el juego de los dados. Uno de los porteros, hacia guardia en la entrada. Floresta con esa verborrea que sabía esgrimir con mucho arte, les habló así:
-Tengan vuesas mercedes la gracia de darnos el gusto de probar las viandas que hemos venido a ofrecerles y este bonísimo vino que hemos traído para que se calienten, pues de todos es sabido que por estas fechas las noches son frías.
Los hombres sentados, dejaron sin terminar la partida y se levantaron. Destaparon el cesto para ver si era cierto lo que les prometían.

-Y si con el vino no fuese suficiente, aquí mis comadres y yo podríamos ofreceros otros servicios que os harían arder por dentro.
Mientras una de las mancebas, abría una botella de Cazalla y servía en dos cubiletes, la otra cortaba unas hogazas de pan y un queso de cabra que daba gusto oler.
-Acercaos vos también –le gritó al hombre que custodiaba la puerta.
-No, debo estar aquí apostado toda la noche, de lo contrario perdería mi trabajo. Es mi cometido estar aquí.
Floresta se acercó al joven.
-Teneos ahí, no os acerquéis más o …
-O que…
Y se adelantó unos pasos más, estaba tan cerca que podía respirar su aliento, pegando su boca a la oreja le susurró:
-Nadie se enterará si nos adentramos y gozamos. Mirad a vuestros compañeros, están ahí saboreando las viandas y el vino que os hemos traído, tomad este vaso, bebed y después gozad de este cuerpo que es todo para vos.
Para cuando consiguió llevarlo a su terreno, los otros dos ya estaban beodos. Una vez dentro, aprovechó un descuido del portero, cogió un pesado candelabro de la mesa y al aproximarse a manosearla, le sacudió un golpe en la sesera dejándolo allí tirado. Se acercó al bargueño y lo forzó, con tanta maña que cedió al primer movimiento, buscó y leyó los documentos que allí tenía el escribano, pero no halló la falsificación de las escrituras de limpieza de sangre de don Diego Paiva. Como ella se temía, de nuevo le había puesto un señuelo falso. El muy canalla le hizo pensar desde el primer momento que el documento obraba allí, mas nunca lo guardo en ese lugar.

&&&&&&&&&&&

Alonso esperaba al corchete en las gradas de la puerta de la catedral, donde ciegos y mendigos lucían úlceras, viruelas y sospechosas mutilaciones de guerras contra el hereje, rivalizando por conseguir los mejores puestos a la salida de misa, para acosar a sus presas pidiendo limosna. Era una mañana tibia, razón por la que el zagal andaba destocado y sin capa. El sol acentuaba su piel tostada y sus ojos color miel. Sonaron tres campanadas, era la hora del Ángelus, empezaron a dispersarse los allí congregados al calor de los chismes, fanfarronadas y muestras de ingenio. Soldados, poetas y canónigos abandonaron las gradas, los más, aligerados de peso, gentileza del buen hacer de los ladrones de bolsas.
Una vez despejado el lugar, emergieron como ejército de hormigas, los mendigos, las daifas y los desarrapados. De entre la multitud, Alonso pudo distinguir a dos avispones de la Cofradía. Al arrimarse a ellos para hacer menguado el aguardo, estos le contaron que a ellos también les habían emplazado en el mismo lugar. No tuvieron que esperar en demasía. Nada más llegar, el alguacil les conminó a que le acompañaran hasta un almacén que el noble tenía en el matadero. Pesia que los

avispones le preguntaron por la empresa, este los acalló diciendo que presto lo sabrían.

Al llegar al silo, no esperaban encontrar allí a don Miguel Mañara acompañado de dos espadachines. El muchacho reconoció a uno de ellos, era Ruy Álvarez Santa Cruz, el antiguo sargento de los tercios de Flandes, uno de los pocos que volvió con vida de Rocroi, su fama le precedía. De él decían que era hombre valiente y vivo. De cuerpo fornido, las cicatrices y arrugas endurecían su rostro y su tupido mostacho le daba un carácter aguerrido que hacía estremecerse al más ahigadado.
La empresa tenía que ser harto delicada para que el mismo noble les pusiera en antecedentes. Un hombre como aquel, inteligente y culto pocas veces se rebajaba a tratar directamente con unos rufianes como ellos.
-Como ya saben señores están aquí porque necesito de sus servicios para encontrar a cierta dama que se hace pasar por una meretriz bautizada Floresta -les informó don Miguel.
-¡Válgame Dios!, ¿no es esa la coima que dicen que acabo con la vida del escribano real? -preguntó Saturno.
-La misma, mas señores no se engañen, no es una coima, me temo que es una dama que presta sus servicios a don Diego Paiva.
-¿Al mercader portugués?
-Sí, ha ese infame.
-Vuestras acusaciones son graves -puntualizó Ruy.
Don Miguel parecía meditar las últimas palabras del espadachín.
-¿Y por qué asumís que es así? – pregunto Ruy.
-Porque uno de los funcionarios al servicio del escribano, me ha confiado la última conversación que tuvo con don Antonio, en ella, este le confesó que temía por su vida, pues había llegado a sus manos un documento que haría que don Diego Paiva perdiera el favor del Rey. El escribano le hizo jurar al oficial que si algo le ocurría solo me lo contara a mí.
-Y ¿qué razón tenía para ello?
-Sabía que yo no dejaría escapar una oportunidad así para verle caer.
-¿Y de qué documento se trata?
-No lo sé -respondió el noble.
-¿Y cómo vamos a dar con él? – preguntó Saturno.
-Hay que encontrar a la dama – aventuró Ruy.
-Estoy con vos.
-Mi plan inicial, es saber si el documento está en su poder. Mandé al oficial a comprobar que el papel siguiera en el bargueño que el escribano tenía en la Casa de Contratación. Fue él quien me puso en antecedentes, pues me confesó que el mismo día del deceso del escribano, este mandó trocar la cerradura, lo que no sabemos de cierto es si la dama en cuestión le robó la llave una vez muerto. Después de revisar el bargueño, no encontramos ningún documento que guardara algún sombrío secreto sobre el portugués. No sabemos si el escribano desconfiando, lo ocultó en otro sitio o si la coima lo ha hurtado.
-Yo os sacaré de dudas.

-Cristo bendito, ¿cómo es posible? □inquirió el noble.
-En las gradas escuché que en la anochecida irrumpieron en la Casa de Contratación. Al portero que hacía guardia le dieron un golpe fuerte en la cabeza y han encontrado todo revuelto y documentos desparramados por el suelo -anunció Alonso al resto de los allí reunidos.
-Esta noticia nos revela…
-Que ella estuvo allí.
-Y que no encontró lo que buscaba, pues según vos hace dos días ningún documento comprometía el honor de don Diego.
-Una vez revelados los últimos detalles de este asunto, es de vital importancia que empiecen el encargo aprisa, pues por lo que sabemos la dama nos lleva ventaja.
Dicho lo cual, Ruy mandó a uno de los avispones que hiciese averiguaciones por la mancebía y al otro le pidió que se apostara cerca de la casa de los Paiva y que siguiera a don Diego o a la dama si se llegaba a la mansión. Él y Alonso se encaminaran hacia la casa del finado, para conocer el terreno donde iban a faenar y a Saturno lo envió a hablar con el portero herido, por si podía darle algún detalle más esclarecedor sobre la mujer que le golpeó.

V. LA CASA DEL ESCRIBANO

La casa del escribano se encontraba cerca de la Plaza de San Francisco, lugar donde se desarrollaban los autos de fe de la ciudad. Una criada abrió la puerta y se encontró en el rellano con una joven que preguntaba por la viuda.
-Buenas os de Dios, querría hablar con la señora de esta casa solariega -solicitó Francesca.
-Y ¿con qué propósito? -preguntó la criada.
-Acabo de llegar a Sevilla y me veo en la necesidad de trabajar.
-Pues tendrás que esperar a que dentro de dos días la viuda del escribano vuelva a la ciudad. Está en Osuna, su hermana se la llevó al campo a pasar uno días después del sepelio.
-¿Tampoco está el mayordomo que dirige a los domésticos?
-No, estos días estoy yo sola. La casa no la gobierna un mayordomo, si no un ama de toda la vida que ha partido con doña Mercedes. Tendréis que esperar un par de días o buscaros la vida por otros lares.
-Mil gracias, por vuestra atención.
-No las tiene.
Francesca hizo que se alejaba del lugar y cuando vio que la criada cerraba la puerta, se volvió a inspeccionar más de cerca la casa, quería hacerse una composición del lugar. Era menester localizar otras entradas menos vistosas para introducirse por ellas, encerrar a la pobre muchacha y ocupar su lugar, para así no levantar sospechas y campar a sus anchas por la casa buscando el objeto cudiciado. Pero primero tenía que hacer otra cosa, buscaría al esclavo del mercader. Don Diego dijo que podía encontrarlo por las mañanas en el almacén que poseía en Triana. Tenía que avisar al portugués del plan que había trazado y alertarle de que los

estatutos no se encontraban en el bargueño. Al encaminarse a informar a don Diego a través de su esclavo, chocó de bruces con Ruy.
-Mil perdones ¿os encontráis bien? Mi amigo y yo íbamos conversando y no os he visto -se excusó Ruy.
-No sufráis, la culpa ha sido mía, mi señora me pidió que llevara una misiva presto y no os he visto.
-Adiós vayáis.
-Con el quedéis.
-¿La habéis visto? – indagó Alonso.
-Pues claro que no, si no no hubiésemos tenido ese encontronazo.
-Yo sí y a fe mía que no he visto mujer más bella questa, ¿os habéis fijado en sus ojos?
-¡Válgame el cielo!, deberíais ver más mundo, entonces pensaríais distinto. Y agora dejémonos de enamoramientos, mirad ya hemos llegado, esa es la casa. Id a la puerta del servicio, yo me encargo de la fachada principal -respondió Ruy.
Después se detuvo frente a la portada y echó un discreto vistazo, luego rodeo la casa escudriñando todos sus rincones, encontrando los puntos débiles de los que la casa gozaba desde el exterior.
-¿Qué te parece muchacho? ¿Te has fijado en los ventanales?
-Sí son perfectos para la escalada.
-Parece que no hay demasiado movimiento dentro. ¿Por qué no te acercas a ese cochero que sale del palacete de enfrente y le preguntas por la viuda del escribano?
-Que me place.
-Pues no se hable más, enséñame muchacho de lo que eres capaz, hay que ganarse el pan -lo animó Ruy.
No le defraudo, nada más volver donde Ruy descansaba, le contó que la fortuna estaba de su parte. Después del óbito la viuda se había ido a descansar a Osuna acompañada de su hermana y no volvería hasta pasados unos días.
-¿Y cómo sabe que no regresará en dos días?
-Porque está amancebado con una de las criadas de la casa. Además me ha confesado que la moza ha quedado al gobierno de la casona estos días y por las noches le deja entrar a su alcoba para yacer con él -respondió Alonso.
-Vayamos pues al cuartelillo a darle las nuevas a Brazoluengo y a ver que ha averiguado Saturno.

&&&&&&&&&&&&

Las manos de don Diego sudaban profusamente, no era capaz de abrir el sobre que el esclavo le entregó, deseaba leer la misiva aunque tenía miedo de que la nota escrita con una pulcra letra de caligrafía redondeada, no contuviera la respuesta anhelada. Y así fue, en la tarjeta, Francesca le confirmaba lo que temía, que los falsos estatutos de limpieza de sangre no se encontraban en el bargueño y que eran menester dos días más para conseguirlos. Para ello, se haría pasar por la criada que

había quedado al cuidado de la casa, pues la viuda del escribano se hallaba fuera de la ciudad.
"Tenía que hacer algo, cada vez que pensaba que el documento iba a retornar a sus manos y no era así, más honda era la decepción que sentía y más miedo tenía que todo se descubriera".
El odio al judío era habitual, el valido de nuestro señor el rey Felipe IV, se había rodeado de una corte de mercaderes y banqueros portugueses, cuya limpieza de sangre era dudosa, más el dinero que aportaban para las guerras les hacía parecer cristianos viejos.

&&&&&&&&&&&

Don Miguel se dispuso a hacer una visita al funcionario, tenía un pálpito que le decía que el escribano debía haber dejado algún rastro, una pista, de donde se hallaba escondido el cudiciado documento, si no « ¿por qué hacerle jurar a su subalterno que me lo contase? tenía que preguntarle si recordaba algo más».
El funcionario se encontraba todavía en la oficina del escribano redactando un documento. Mientras mojaba la pluma en el tintero de loza de Talavera, don Miguel no pudo apartar la vista de las uñas negras y los dedos llenos de tinta que delataban su oficio. Al terminar de rasguear sobre el pergamino, tomó entre sus manos la salvadera y echó la arena para secar la tinta del papel.
-Don Miguel ¿Que le trae por aquí? Ah ya se, es por lo que aconteció anoche en este edificio ¿Cómo os habéis enterado? ¿Es que acaso ya han encontrado a la coima? -preguntó don Toribio.
-No, ni a la dama, ni al documento.
-¿Entonces?
-Uno de los rufianes se enteró muy de mañana en las gradas.
-Seguro que fue la dama, lo que confirma que no tiene el documento.
-Dese parecer soy yo. Heme aquí porque quisiera saber si recordáis algo más, algún detalle aunque parezca nimio, un comentario del escribano.
-No, solo lo que os conté el otro día.
-Y al revisar los documentos del bargueño ¿no hubo alguno qué os llamara la atención? ¿Algún objeto qué no hubieseis visto antes?
-En verdad solo buscaba documentos que hicieran mención al mercader, no centré mi atención en nada más que encontrar su nombre escrito en alguno.
-¿Y dónde está el contenido del bargueño agora? -preguntó el noble.
-En su interior, han cambiado de nuevo la cerradura.
-¿Tenéis la llave?
-No, se la tendría que pedir al alguacil -informó el secretario.
-Pues id, a que esperáis, tengo una corazonada, presiento que don Antonio nos dejó una señal.
-Más vale que así sea porque a buen seguro que la dama en cuestión no parará hasta dar con ello y entregárselo al mercader.

&&&&&&&&&&&

Llevaba horas haciendo guardia en la puerta del servicio, esperaba a que la criada abriera a su enamorado. Al regresar de entregar la misiva al esclavo, vio que la joven salía de la casa y se dirigía a la calle contigua, allí sorprendió a la joven con el cochero de la casa de enfrente. Francesca adivinó lo que ocurría entrambos y oyó a la joven susurrarle que esa noche lo esperaba en su alcoba. Que mejor ocasión para introducirse con sigilo en ella. Pagó a un matasiete para que se encargara del mozo y así nunca se arrimara a la casa.
Una voz de mujer grito «agua va». Después, se oyó el contenido del orinal vaciarse desde el piso de arriba, estrellándose en la calle.
La puerta se abrió a la hora convenida por los amantes y Francesca entró, la joven pensó que su amado se acercaba, lo llamó y le susurró que lo esperaba en la alcoba principal, a la sombra, esto le vino de perlas pues en la casa solo se apreciaba la tenue luz que provenía de la lámpara de aceite prendida en la alcoba. La joven al ver que el mozo no entraba en la habitación, salió y se acercó a ver que pasaba. Francesca aprovechó ese descuido y al amparo de la oscuridad, la agarró con fiereza tapándole la boca, la moza intentó zafarse y al hacerlo, otras manos más fuertes la inmovilizaron. La sombra le introdujo un paño en la boca, después la arrastraron a las cocinas y allí la ataron a una silla y le vendaron los ojos.
-¿Le doy matarile? –preguntó el rufián.
-No es necesario, ya me encargo yo de ella -dijo Francesca.
-Como gustéis.
Lo cierto, es que no le temblaba el pulso cuando tenía que liquidar a un varón. Con las mujeres era distinto. No podía hacerlo, pues el escaso afecto que de niña recibió, se lo había brindado una cortesana muy celebre en su país de origen. No podía decir lo mismo de los hombres, todos y cada uno de los que conoció en su infancia la maltrataron y ultrajaron. Triste destino esperaba a las mujeres en un mundo gobernado por hombres. No le haría nada, la necesitaba viva para ayudarla a encontrar lo andaba buscando.

&&&&&&&&&&

Mientras, en la Casa de la Contratación, el oficial abría por segunda vez el bargueño del finado. Sacó todos los documentos que contenía, y empezaron a buscar algún señuelo que les diera una pista de donde podría estar escondido. Leyeron y releyeron los documentos, todos versaban sobre las transacciones que se realizaban en el edificio. Sacaron los cajones del bargueño uno a uno, no encontraron nada excepto alguna moneda, un tintero, plumas, y cuartillas en blanco.
-Por la sangre de Cristo, tiene que haber algo en lo que no reparamos -bramó don Miguel encolerizado.
-Pero, si hemos revisado todos los documentos y los cajones.
-Maldita sea, no puede ser.
El escribiente al intentar meter uno de los cajones en su lugar, no lograba

encajarlo de nuevo en su sitio, parecía que topaba con algo.
-Encended ese velón y acercádmelo.
-Todavía falta para que caiga la noche.
-¿Es que todavía no habéis adivinado lo que quiero hacer?
-No -contestó el simplón de don Toribio.
Acto seguido se agachó y le pidió al funcionario que acercara la luz al hueco del cajón. La sorpresa fue mayúscula. Allí había algo. Introdujo la mano y sacó un papel. ¿Sería lo que andaban buscando?
-Esto no es un documento, es un…
-Dibujo que representa un plano de Sevilla.
-¡Un momento! -exclamó el funcionario.
-¿Qué ocurre?
-Yo he visto este mapa en otro sitio.
-Virgen santísima, hablad ¿dónde? -preguntó don Miguel desesperado.
-En la mansión del escribano, lo tiene enmarcado en la biblioteca.
-Norabuena caballero, habéis dado con la clave del misterio.
-¿Cómo? la ciudad de Sevilla es inmensa ¿por dónde empezaremos a buscar si no hay ninguna zona señalada? -inquirió.
-¿Es que no lo habéis entendido? Sois más corto de entendederas de lo que pensaba, a buen seguro que el documento que buscamos está detrás del lienzo.
-¿Estáis seguro?
-Solo hay una manera de averiguarlo.
-¿Cuál será?
-Avisando a los hombres de Brazoluengo de que lo que buscamos esta tras ese cuadro.

&&&&&&&&&&&&

Al llegar al cuartelillo, encontraron allí a Saturno conversando con Brazoluengo, los dos hombres se giraron al verlos llegar y el jefe les invitó a entrar a su morada.
-Y bien ¿Qué habéis averiguado? -preguntó el mal carado Brazoluengo.
-Hemos estado oteando los alrededores de la casa, buscando el modo más sencillo y menos arriesgado de acceder a ella, y gracias a Alonso hemos descubierto que la entrada va a ser cosa hecha.
-Por los clavos de Cristo, ¿cómo?
-Por la puerta. Al cochero de la casa de enfrente, Alonso le ha sonsacado que la viuda del escribano está en Osuna, en casa de su hermana y no volverá hasta dentro de dos días. Solo ha quedado al cuidado de la mansión una criada.
-Ya era hora de que me trajerais buenas nuevas, porque lo que es Saturno lo único que le ha podido sacar al portero que fue atacado anoche, es que la hembra es muy hermosa y que tiene unos hermosos ojos verdes.
-Como si en la ciudad no hubiese pocas mujeres desa guisa -sentenció Ruy.
-Pues como a la suerte la pintan calva, vosotros idos hacia la casa e

intentad entrar en ella, llevaros a otro espadachín con vosotros, por si la cosa se pone fea □dictaminó el jefe de los cofrades.
-Que me place, a buen seguro que la dama lo intentará de nuevo después de no encontrar nada en la Casa de Contratación.
-Me temo que no irá sola, llevará consigo algún matasiete.
-¿Y qué tenéis pensado hacer?
-Aprovecharemos la baza que tenemos. Alonso entrará por la puerta de la servidumbre una vez que la moza piense que el que llama a la puerta es su enamorado. Al abrirle, dirá que es un amigo de su hombre y le pedirá que le entregué algo que se dejo el día anterior en la alcoba de su señora -aclaró Ruy.
-¿Y una vez dentro?
-No lo sabremos hasta que estemos allí.
-Mandaré al alguacil al palacio de don Miguel, para darle noticias de nuestros progresos.

&&&&&&&&&&&&

En la mansión solo se escuchaba el crepitar del fuego de los fogones, Francesca se acercó a la joven y le dijo así:
-Agora os voy a quitar la venda de los ojos y la mordaza de vuestra boca, no quiero que gritéis, si os portáis bien no os haré daño. Estoy aquí porque necesito recuperar un documento que compromete a un rico mercader y que cayó en manos de vuestro señor -dijo Francesca.
La joven la miraba con recelo, no daba crédito a lo que oía. Ese había sido el motivo de su muerte, un simple papel era el causante del asesinato del escribano. A buen seguro a manos de esa pérfida mujer.
-¿Y cómo sé yo que después de ayudaros no haréis conmigo lo mismo que le hicisteis al escribano? O me equivoco ¿Fuisteis vos verdad? -le gritó la joven.
-Sí, fui yo, para que negarlo, más murió por ser un cudicioso, no se conformó con lo que el mercader le ofrecía, quería más y nos burló a los dos.
-No me queda otra que fiarme de vos ¿no es así?
-Así es, os prometo que no os pasará nada, ayudadme a encontrar los estatutos y yo os dejaré con vida.
-Así sea, pero primero soltadme o de lo contario no os podré conducir a donde puede que estén.
-No me la juguéis o lo pagaréis caro -amenazó Francesca.
-No lo haré, en ello me va la vida.
Francesca la soltó y mandó al matasiete a las cocheras a descansar, agora no lo necesitaba y no se fiaba que una vez dieran con el objeto ese rufián no se lo robara a la fuerza. La fámula condujo a la asesina hacia los aposentos del escribano y la viuda.
-Buscamos los estatutos falsos que dan fe de la limpieza de sangre de don Diego de Paiva, ¿creéis que pueden estar en la alcoba?
-Podría ser, miremos en el escritorio y en ese arcón, alguna vez le vi sacar papeles de ellos.

En efecto, el escritorio contenía extensa documentación, cartas, mapas, diligencias y otros legajos, mas no lo que andaban buscando. Tampoco hallaron nada en el arcón salvo cartapacios con cartas náuticas y mapas de allende los mares.
-Aquí no hay nada.
-Esperad un momento. Mirad tras ese tapiz vi al escribano una vez descorrerlo, al verme me mandó fuera de la habitación -le reveló la criada.
Francesca se acercó, movió un tapiz apenas vislumbrado por la penumbra del cuarto, entre los estantes de libros, descubriendo una puerta disimulada en la pared. Al entrar, se encontró con un arcón en el centro, lo abrió y descubrió que esa era la cámara del tesoro del escribano, allí guardaba sus dineros, pero no el cudiciado documento.

&&&&&&&&&&&&

Cuando don Miguel Mañara y el funcionario llegaron al cuartelillo del jaque, este departía con los avispones que vigilaban la casa de don Diego y la mancebía.
-Buenas noches don Miguel, ¿Cómo vos por aquí? He mandado al alguacil para que os diera las buenas nuevas que tenemos -informó Brazoluengo.
-¿Dónde están Ruy y Alonso? – preguntó el noble.
-¿No habéis hablado con el corchete? Pensé que os había informado de los progresos. Alonso y Ruy han salido hacia la mansión del escribano, la viuda esta fuera y en la casa solo habita una criada, a buen seguro que ya habrán entrado a buscar el documento.
-No, no he hablado con la autoridad, estamos aquí porque el escribano nos dejó un señuelo para encontrarlo y creo saber donde lo escondió. Necesitamos que enviéis a alguien a la casa a que se lo cuente a Ruy y Alonso lo más aprisa posible, pues me temo que la dama esté intentando algo en el mismo lugar.
-Cuerpo de Dios, Saturno, vuela hacia la casa y pon en alerta a tus hermanos, corre, corre por tus muelas -bramó el jefe.
-Solo tenéis que decirles que el documento está detrás de un cuadro que tiene un mapa igual que este y que se encuentra en la biblioteca, tomad e id lo más aprisa que podáis -recalcó don Miguel.

&&&&&&&&&&&&

Bajaron a la biblioteca del escribano, Francesca se impacientaba, hasta difunto el escribano seguía jugando con ella. Tenía que encontrar el maldito documento, o tal vez no hubiese más ocasiones para ella, buscarían a alguien que la reemplazara y un buen día aparecería muerta quién sabe dónde. Escuchó golpes en la puerta trasera de la casa, alguien tocaba.
-¿Esperabais a alguien? -preguntó Francesca.
-Sí, a mi amado, es el cochero de la casa de enfrente -confirmó la criada.
-Id a abrirle, yo me esconderé aquí, despachadle lo antes posible.

-Así lo haré.
Francesca sabía de buena mano que su amante no podía ser, pues el matasiete hacia un buen rato que lo interceptó, «a buen seguro alguien más andaba detrás del documento, don Diego se la había jugado y contratado a otros para la empresa o quien sabe, el escribano se lo hubiese confesado a alguien más».

&&&&&&&&&&&&&

Apostados en el guardacantón de la puerta y fundidos con la oscuridad, el muchacho y el sargento remataban los últimos flecos de cómo iba a ser la faena. El viejo soldado llevaba colgada la espada y en la parte posterior del cinto brillaba la vizcaína por si era menester tirar de aceros, también se plantó la cuera, para protegerse de certeras estocadas. Antes de que Alonso tocara en la puerta Ruy le advirtió.
-Ten mucho tiento zagal, Pedro entrará en la casa detrás de ti y mientras que tú la distraes él intentará dar con el documento, enciérrate con ella en alguna alcoba y no la dejes salir, yo haré guardia en la puerta.
Al abrir la puerta la criada se sorprendió al no encontrar a su amante.
-Buenas noches Isabel – dijo Alonso.
-¿Cómo sabéis mi nombre?
-José me ha encargado que venga a deciros que él ha tenido que llevar a los marqueses a una celebración.
-Muchas gracias por el aviso y agora adiós vayáis -se despidió la joven.
-Me ha pedido también que os advierta de que ayer se le cayó la montera que llevaba en la alcoba de la viuda.
-Descarado, como tiene el valor de mandaros a pedirme eso -dijo Isabel ruborizándose.
-Porque no quiere que por su culpa os echen a patadas desta casa y os quedéis sin sustento.
-Bueno si es así pasad y tener la amabilidad de esperar en las cocinas.
Nada más poner un pie en la casa, Alonso notó algo en la mirada de la joven, esta le hacía gestos con la cabeza y los ojos como indicándole algo, mas este no alcanzó saber qué quería decirle. Como vio que era imposible que entendiera sus avisos, siguió hacia la alcoba, Alonso fue en pos de ella y Pedro aprovechó el descuido para entrar en las cocinas.
Al ver aparecer una sombra en la lejanía el soldado se puso en guardia, metió la mano en la caña de su bota izquierda, más cuando este ya le iba a caer encima descubrió que se trataba de Saturno.
-Redios qué carajo pintas aquí -susurró Ruy después del susto.
-Vengo a avisar de que don Miguel ha descubierto donde se esconde el documento -informó Saturno.
-Habla de una vez.
-Está detrás de un cuadro que tenía el escribano en su biblioteca.
-Vamos pues adentro y terminemos nuestro encargo.
Al llegar cerca de la biblioteca, la muchacha se tenso, mas Alonso no advirtió nada hasta que oyó una voz ronca muy cerca de su nuca que le decía:

-¿A dónde crees que vas muchacho? ¿es que acaso creías que una patraña tan mal urdida te iba a dar resultado? -inquirió la arpía-. Y tú ¿por qué le has dejado entrar? te advertí que no me la jugaras. ¿qué pensabas, que este buen mozo te iba a salvar? que necia has sido, pagarás por ello.
El silencio de la noche se rompió con el sonido que se produjo al entrechocar dos aceros. Ruy supo a un punto que algo no había salido como esperaban. En la casa se encontraba alguien más que la criada y tuvo la certeza de que Alonso corría peligro. Empujaron la puerta, franqueándola en la oscuridad. Al entrar en las cocinas olfatearon el dulzor nauseabundo de la sangre, mezclado con sudor, encontraron a Pedro tendido en el suelo, tenía una daga atravesada, su respiración era débil y entrecortada, más era imposible hacer nada, si le sacaban la daga se moriría. Al vislumbrar luz en la biblioteca, subieron conteniendo el aliento hacía allí, entonces escucharon una voz femenina que decía:
-Muchacho hablad o este de aquí te hará cantar. ¿Quién os manda a por el documento? ¿por qué estáis aquí? por la falsificación de los estatutos de limpieza de sangre de don Diego Paiva ¿verdad? -amenazó Francesca.
Se oían sollozos, a buen seguro serían de la criada. Por las palabras de la mujer serían cuatro en la estancia. Alonso, la criada, ella y algún matasiete que habría contratado. Tenían que actuar con premura o a buen seguro su amigo moriría a manos de ese demonio con ojos de gato. Le pidió a Saturno que distrajera al matasiete, él trataría de salvar a la criada y a Alonso. Se oyeron crujidos en los peldaños de madera de la escalera.
-¿Qué ha sido ese ruido? -preguntó Francesca-. Acabáramos, no habéis venido solo. Tú, mira a ver qué ocurre y despacha a sus compinches. Y agora, vais a decirme quién os ha contratado.
-Tengo una memoria infame.
-Así que sois de los olvidadizos -lo miró un momento sin decir nada, después se acercó al mozo y le puso la daga en la garganta.
-Antes muerto que descubrir el nombre de quien me ofrece buenos dineros -se reveló el joven.
-Tiene hígados, el mozo -soltó a bocajarro, sintiendo como unas gotas de sudor recorrían su espalda-. Como gustes, mas antes decidme ¿dónde están los estatutos?
-No lo sé.
-Me estáis engañando, bueno si no teméis por vuestra vida ¿qué os parece si empiezo por la de esta joven?
Acto seguido se aproximó a la criada y le puso la vizcaína al cuello, ese movimiento fue el que aprovechó Ruy para entrar en escena y cortar las ligaduras de su amigo. Mas Francesca se beneficio de la ayuda que Ruy brindaba al muchacho, agarró a la joven por los pelos y la condujo hacia las escaleras. Abajo la esperaba Saturno que acababa de dar matarile a su adversario. Su única baza era la joven, no se atreverían a nada contra ella si la retenía contra su voluntad.
-Ruy puedo hacerlo –dijo Saturno, mientras la apuntaba con una pistola bien cebada.
-Sea -sentenció el viejo soldado.
-No –gritó Alonso–. La matará, dejad que se vaya. No os dais cuenta, ya

esta sentenciada, no ha conseguido recuperar el documento para don Diego. El portugués caerá, pero antes mandará a algún matasiete para que se encargue de ella.
El viejo soldado digería las palabras del bravo muchacho, volvió su mirada hacia el crispado rostro de la criada. Se movió un poco, apretando los dientes y sin más miramientos se dirigió a la mujer con estas palabras:
-Soltadla e idos, y dad gracias a que mi amigo a pesar de ser un rufián ha demostrado ser más honorable que los que así se hacen llamar y por salvar a esta joven os perdona la vida, mas ni se os ocurra volver a intentar recuperar el objeto, porque de lo contrario os juro por mi honor que mi mano no temblará pesia a vuestra condición de mujer, porque aquí donde mis compadres ven a una hermosa mujer yo veo a un ángel negro venido del averno. Saturno dejadla pasar.
-¿Estáis seguro?
-Hacedlo y no me repliquéis.
Francesca echo a Ruy una mirada cargada de odio, soltó a la joven, y antes de salir de la casa vociferó estas palabras:
-Juro que un día me las pagaréis -aulló Francesca, como un animal acorralado.
-Quizás cuando los dos ardamos en el infierno por nuestros pecados –respondió Ruy.
Bajaron a las cocinas a socorrer a su compadre, este moría silenciosamente, tenía el rostro ceniciento, un charco de sangre se extendía a su alrededor, tenía otra herida muy fea en el costado. Solo quedaba sacramentar de urgencia. Saturno apoyó la cabeza del moribundo en su regazo y le hablo quedamente.
-Llégate a Santa María la Blanca-dijo el sargento- y busca un cura para Pedro.
Para cuando quiso llegar el pater, el pobre desgraciado exhalaba su último aliento, Saturno le había sacado la daga, taponándole el boquete con un lienzo que se sacó de la faltriquera.
Al volver al cuartel con el documento recuperado, Ruy iba muy callado, sus pensamientos le llevaron a rememorar lo ocurrido en la casa. «Era curioso, por fin después de varios años había encontrado un rival a su altura, tenía que reconocer que la mujer demostró tener más arrestos que muchos hombres. Una pena no volver a verla, aquella gata habría hecho que la sangre volviera a correr por sus venas como en sus tiempos de mocedad. Hubiese sido bonito tener una hembra así a su lado, mas nunca a su espalda por lo que le pudiese acontecer».

VI. EL MISTERIOSO PASAJERO

A los pocos días de recuperar los falsos estatutos de limpieza de sangre y entregárselos a don Miguel, el engaño salió a la luz, y todo Sevilla se enteró de que don Diego de Paiva, no era el cristiano viejo que todos pensaban, su limpieza de sangre no era absoluta, su bisabuela fue expulsada de España con el resto de judíos por los Reyes Católicos y emigró a Portugal, y su madre siguió profesando a escondidas la religión

de sus antepasados. Don Miguel Mañara por fin logró vengarse de su enemigo y el rey Felipe IV supo sacar tajada de todo aquello, firmando un decreto confiscándole al portugués todos sus bienes y obligando a él y a su familia a exiliarse de sus reinos.
De Francesca no se supo más, a buen seguro aparecería algún día flotando en las aguas del Guadalquivir. Don Miguel por su parte cumplió con su promesa de recompensar en demasía a todos los participes del encargo y así fue como Alonso por fin se decidió a partir al Nuevo Mundo, quería poner fin a sus días de cicatero y cumplir la promesa que le había hecho a Fray Bernardo, a pesar que sintiera una inmensa pena por dejar su tierra.
-Me alegro de haberte hecho caso y no haber echado a mi conciencia la muerte de esa pobre criada -confesó Ruy después de tomarse un cuartillo de azumbre.
-Tomasteis la decisión correcta.
-¿Y agora muchacho que harás con los dineros que hemos recibido? no tengas prisa por gastarlos, no seas como Saturno que entre coimas y tabernas se ha ventilado los maravedís en dos días -le aconsejó el espadachín.
-No, voy a cumplir un juramento -le reveló Alonso.
-¿Y cuál será?
-Llevo años pensando en mudar las aires, mañana parto hacia el Pirú, quiero empezar una nueva vida allí y tal vez algún día pueda volver a Sevilla como un rico indiano.
Alonso leyó la aprobación del viejo soldado en sus ojos. Después le puso una mano en el hombro.
-Buena suerte muchacho, a pesar de ser todavía un zagal, no dudo que algún consigas lo que deseas, si con tu sagacidad has sido capaz de sobrevivir en esta ciudad de miseria, ladrones, coimas y rufianes y hacerte un hueco entre ellos, que no harás en ese Nuevo Mundo. Eso sí, debes cuidar tu pellejo, nunca se sabe a dónde van a apuntar los dados.
-¿Y vos que haréis? -se interesó Alonso.
-Lo único que sé hacer, luchar, matar, he sido soldado durante veinticinco años, si no muero en la guerra por mi patria y por mi rey aunque este no se acuerde de sus tercios, moriré en un callejón oscuro de alguna cuchillada.
-Venid conmigo -le rogó el joven.
-¿Para qué? -dijo, dándole un cachete cariñoso-. Sois un muchacho valiente y juicioso. El valor es a veces lo único que nos queda, recuérdalo siempre.
-¿Es que acaso tenéis a alguien aquí que os espere?
-No -respondió Ruy.
-Pues protegedme y yo a cambio os pagaré. Un día seré rico y necesitaré a alguien que me cubra las espaldas y quién sino que el mejor espadachín del reino. Pensadlo, mañana os espero en el muelle, el barco se llama Buenaventura.
-Está bien, lo pensaré -sonrió el viejo soldado.
-Hasta mañana pues -se despidió Alonso.

El Buenaventura iba a zarpar, Alonso echó una última ojeada entre la multitud que se arracimaba a despedir a sus seres queridos, acto seguido subió al barco y cuando ya perdía toda esperanza de que su amigo se uniera a la aventura lo vio poner un pie en el puente, su corazón dio un vuelco. Eran apenas unos días los que habían estado juntos, pero Ruy había tomado cariño al muchacho. Alonso se le representaba como el hijo que nunca tuvo y por ese motivo decidió acompañarlo, sentía que debía protegerlo. Aunque no era hombre aficionado a expresar sus sentimientos sintió la necesidad de darle un fuerte abrazo.

-Me alegra que os hayáis decidido uniros a mí, así el viaje se me antojará más breve en vuestra compañía -dijo el chico regalándole una sonrisa.

-¿Es que acaso has dudado por instante que no te acompañaría? □respondió Ruy emocionado.

Los dos rompieron en una carcajada estruendosa. En el otro extremo del barco un joven no les quitaba el ojo de encima desde que embarcaron, era de buena planta y gallardo, llevaba un jubón color hueso, sobre él un coleto marrón, botas altas y cubría su testa con un sombrero de ala ancha que se quito con mucha gracia al pasar una joven dama a su lado. Este movimiento dejo al descubierto un rostro armonioso con unos hermosos ojos verdes que brillaban como esmeraldas.